

NIÑOS DE LA BIBLIA



EL SUEÑO DE JACOB

VI.

JACOB Y RAQUEL.

Prófugo y ausente Jacob de la casa de su padre, temiendo los efectos de la violenta cólera de su hermano Esau por haberle arrebatado la primogenitura, se internó en las vastas soledades de la tierra de Haram, buscando un sitio remoto, un asilo hospitalario, en que estuviese resguardado del furor de su hermano, hasta que pasasen aquellos primeros momentos. Ya había caminado

Setiembre de 1847.

durante todo un día sin tomar descanso por un terreno árido en demasia, y ya el sol caminando hacía el ocaso, desaparecía en el horizonte que resplandecía con los vivos y purpúreos colores del fuego. Algunas ves, animadas con la pequeña frescura que producía en la atmósfera el venticillo del crepúsculo y la desaparición del sol, desplegaban aunque tímidamente sus alas en los aires, mientras que las gacelas y otros animales silvestres cruzaban por susconocidos senderos del bosque. Jacob estaba rendido de calor y de fatiga; su vestido cubierto de polvo; y las correas de sus sandalias, casi despedazadas por los

espinos y malezas del camino. Sintiendo que las fuerzas le faltaban, dejó caer su báculo, y el saco en que llevaba sus provisiones, buscó una piedra en que reclinar su cabeza, y se preparó á pasar la noche en aquel sitio. Apenas se habian cerrado sus párpados, una estraña aparicion se le ofreció en sueños. Una escala misteriosa partiendo desde la tierra, crecia, se elevaba y al fin se perdia en lo mas alto de la bóveda celeste, mientras que por dicha escala subian y bajaban varios espíritus angélicos, con aéreo é imperceptible movimiento. Cuando Jacob absorto con esta vision procuraba comprender su misterioso significado, oyó la voz del Señor que á él se dirigia desde lo alto de los cielos.

—Yo soy el Señor Dios de Abraham y de Isaac: esa tierra en que duermes, será para tí y para tu inmensa descendencia, bendecida entre todas las tribus de la tierra. Yo seré tu guia y guardador, por donde quiera que fueres, y te volveré salvo á esta tierra, sin que aparte mi mano de tí, hasta que se cumpla cuanto te he prometido.

Muy gozoso quedó Jacob al ver confirmadas en su persona, las promesas hechas á su abuelo y á su padre: allí se ofreció él de nuevo, como fiel servidor del Dios de sus padres, y confiado en el auxilio de la Providencia, continuó su camino al amanecer.

Al dar vista á la ciudad de Haram, distinguió tres numerosos rebaños de ovejas detenidos junto al pozo que habia á la entrada del pueblo, y con cuyas cristalinas aguas era costumbre dar de beber á las ovejas, así que estaban congregadas todas las que los habitantes poseian. Jacob, deseoso de adquirir algunas noticias, se dirigió á los que custodiaban el ganado y les preguntó:

—Hermanos, ¿de dónde sois?

—De la ciudad de Haran.

—¿Conoceis por ventura á Laban en esa poblacion?

—Mucho le conocemos.

—¿Y está bueno?

—Bueno está él y toda su familia. Su hija Raquel no tardará en llegar con su rebaño, para que cuando estén reunidas todas las ovejas, se levante la piedra del

pozo y beban cuanto quieran antes de llevarlas al establo. Mas he allí á Raquel que ya viene.

Levantó Jacob la vista, y tras de un rebaño de hermosas y blancas ovejas vió venir á una jovencita, casi una niña, en la que ademá de una hermosura poco comun, se descubria aquel aire de candor y de inocencia que es propio de los primeros años. Al saber Jacob que aquella era su prima, se sintió vivamente conmovido, pero disimuló por el momento, y anticipándose á los demás pastores, levantó la piedra del pozo, y procuró que bebiesen con toda comodidad las ovejas de su prima Raquel.

Mirábase ella no solo con la natural curiosidad que escita un estrangero, sino con aquella simpatía que escita en quien la recibe toda afectuosa demostracion. Pero la admiracion de Raquel llegó á su colmo, cuando acercándose á ella el desconocido, después de terminada la maniobra, exclamó casi enternecido:

—Hermosa Raquel, yo soy tu primo Jacob, el hijo de Rebeca, hermana de tu padre.

Al oir Raquel que era primo suyo aquel interesante jóven, no pudo contener la efusion de su alegría, y deteniéndose apenas á darle la bienvenida, marchó presurosa á noticiar á su padre lo que pasaba. Laban salió á recibir á Jacob, y estrechándole afectuosamente entre sus brazos exclamó:

—¡Bendito sea el eterno Dios que ha satisfecho mis deseos! Sobrino mío, ignoraba que venias, y sin embargo hace tiempo que te esperaba.

Jacob reveló á Laban los motivos que habia tenido para abandonar la casa de su padre, y la resolucion que habia formado de permanecer allí algun tiempo; cosa de que Laban se alegró en extremo, pues no se le ocultaba cuanto habian de mejorar sus rebaños y sus labores con la asistencia de Jacob. Así fué efectivamente, porque el celo de Jacob estaba animado con la esperanza de merecer á su prima Raquel que tan grata impresion habia hecho en él, desde el primer momento de su entrevista. Siete años de continuo trabajo en casa de Laban, fueron el térmi-

no prefijado para la boda, y para obtener la recompensa mas grata á su razon.

Ya se acercaba el ansiado momento, ya iba á espirar el plazo prefijado, cuando Laban, llamando á Jacob, le dijo solemnemente:

—Hoy mismo recibirás á tu esposa; pero no será á Raquel á la que yo llevaré esta noche á tu aposento. La costumbre de nuestros antepasados nunca ha sido casar á la hija menor antes que á la mayor, por consiguiente, es Lia mi primogénita, la que primero debe unirse contigo.

—Pero, señor, á Raquel es á la que yo amo; esa bella jóven es la que me habeis prometido.

—Tuya será Raquel, no lo dudes. No permita el Señor criador de cielos y tierra, que yo falte á mis promesas, pero aguarda siquiera siete dias, y supuesto que nuestras costumbres lo permiten, recibe primero á Lia. ¿Cómo he de consentir yo que ella sola entre todas las jóvenes de Haram sufra la afrenta de ser pospuesta á su hermana menor?

—¿Y sabeis si Lia me ama? Yo siempre la he mirado con la mayor indiferencia.

—Te ama con pasion, ella misma acaba de decírmelo inundada en llanto. Ella es la que envidia la suerte de su hermana y ella es la que espera una mirada tuya que la haga feliz.

Jacob que en todos los sucesos de su vida descubria la mano del Todopoderoso, y que tenia muy presente lo dolorosa que habia sido á Esau la usurpacion que él, su hermano menor, habia hecho de sus derechos de primogénito, comprendió todo el dolor y angustia de Lia, y resignado á la voluntad de Laban, le contestó:

—No consentiré yo que el dia de mis bodas con Raquel sea de amargura y desesperacion para la triste Lia. Cúmplanse vuestros deseos.

Laban fué muy gozoso á participar á su hija aquellas nuevas de que pendia toda la felicidad de su existencia, y Jacob esperó resignado el plazo de siete dias en que podia obtener á Raquel despues de Lia, segun las patriarcales

costumbres y tradiciones de aquellos tiempos.

Cuando al fin logró poseer como su esposa y compañera á aquella jóven, objeto de todos sus desvelos, experimentó una felicidad desconocida. Halagado con las inocentes caricias de Raquel y convencido de que no deseaba abandonar por entonces la casa de su padre, fué á Laban y le dijo:

—Todo cuanto pudiera reclamar os lo cedo. Me habeis concedido en vuestra hija el premio mayor á que yo pudiera aspirar: me obligo á serviros por otros siete años, y por vivir á el lado de ella, seria vuestro esclavo por siempre jamás.

F. F. VILLABRILLE.

COSTUMBRES. Mereprendeis por bien poca cosa, decia un jóven á Platon.

—El hábito no es poca cosa, contestó Platon.

Estableced el orden, y la costumbre le sostendrá.

Levis.

Bien conocia la fuerza del hábito el que inventó este cuento. Una aldeana adquirió la costumbre de acariciar y llevar en brazos un ternero desde el momento que nació, y continuando en ella, llegó por la fuerza de la misma, á sostenerle, cuando ya era buey corpulento. Establece en nosotros, poco á poco y con disimulo, la base de su autoridad; pero con este humilde principio, habiéndole asentado, con ayuda del tiempo, la costumbre, nos descubre pronto un rostro tiránico, y al que ya no somos dueños de mirar.

Montaigne.

COMERCIO. Los comerciantes son los miembros mas útiles de la sociedad: ligan á los hombres por medio de un tráfico mútuo, reparten los dones de la naturaleza, dan ocupacion al pobre, y colman los deseos del rico.

Raynal.

LUISA Y PABLO

0

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.

CAPITULO XVI.

EL AMOR MATERNAL.

Los acontecimientos de Luisa llamaron mucho la atención. Cuando Jenner estaba convidado por alguna familia de distinción, lo que sucedía bastante á menudo, tenía que llevar á Luisa, y todos los días iba con él á palacio, donde siempre se agolpaba la gente al pie de la escalera para verlos bajar del coche. Un día salió de la muchedumbre una voz de muger, que gritaba:—¡Dejadme pasar! ¡abrid paso á una madre desgraciada, que quiere volver á ver á su hija; por Dios, abridme paso!

Estas palabras traspasaron el corazón á Luisa, al mismo tiempo que la hicieron sentir un gozo extraordinario. Quedóse inmóvil en el primer escalon, y tendió la vista hácia el sitio de donde habia salido la voz, y en el cual se empujaban las gentes unas á otras.

—¡No la creais, que está loca! gritó una voz varonil, que la hizo estremecerse de nuevo. ¡Ayudadme á apartarla de aquí antes que venga la guardia! Después se aumentó la confusion, pero no tardó en calmarse completamente.

Aun estaba Luisa como petrificada y mirando á lo lejos sin pestañear, con el semblante cubierto de una palidez mortal y temblando todo su cuerpo.

—Esos eran mis padres, dijo casi sin aliento al doctor, que la cogió de la mano para subir la escalera; ¡ah! déjeme vd. ir á buscarlos.

—Qué cosas tienes, contestó Jenner, tus padres, que están en América,

se han de haber convertido ahora en dos vecinos de Lóndres. Si yo he visto perfectamente á los que regañaban; ella tendría cuando menos unos cincuenta años, y él sesenta, y segun las trazas eran mas bien carboneros que personas finas.

Luisa siguió á Jenner, aunque no quedó, convencida y todavia, resonaron un buen rato en su interior las voces que habia oído.

Jenner encontró aquel día las viruelas perfectamentecuradas, y declaró que ya era inútil su asistencia. El rey le dió las gracias privadamente, y en nombre de toda la nacion le puso al cuello la insignia de caballero de la orden del Baño, y le regaló una caja de oro guarnecida de brillantes, nombrándole además baronnet del reino y médico de cámara. Al despedirse Luisa de los augustos niños, se colocaron estos al redor de ella y la hicieron tambien muy buenos regalos, pues la habian cobrado cariño, viéndola tan modesta á pesar de su talento, y sentian que se acabasen los ratos agradables, que habian pasado en su compañía. Uno la presentó un collar de brillantes y otro un alfiler de oro y piedras preciosas para el pelo; otro la adornó con dos brazaletes de gran valor; otro la puso en el dedo una sortija hermosísima; otro la colgó al cuello una cadena de oro con el retrato del rey, y otro en fin la trajo una cajita de un mérito extraordinario forrada por dentro de un raso azul celeste y provista de todas las frusterias que una señorita ha menester para el tocador y

las labores delicadas de su sexo. Luisa lloraba de alegría y no encontraba palabras con que expresar su agradecimiento. El buen monarca le dio un beso por despedida y la metió en el pecho un papel doblado, diciéndola:—Ahí tienes, hija mía, yo no te regalo mas que ese papelucho, pero estoy seguro de que á tí y á tus padres os será mas grato que todas esas bagatelas tan relucientes. Ya haré yo que vuelvan pronto, aunque efectivamente se hallen en América, pero no pierdas ese papel, ó mas vale que se le entregue á ese caballero para que te lo guarde.

Luisa besó agradecida la mano al rey, hizo una cortesía á todos con mucho, acatamiento y dando la mano al doctor se salió con él del cuarto muy contenta.

Apenas habian entrado en su habitación y empezado Luisa á guardar sus regalos, cuando Jenner recibió recado de un caballero, que deseaba hablarle. Al entrar en el aposento traía de la mano á una señora cubierta con un velo muy tupido, la cual se dirigió al sillón mas inmediato y se dejó caer sobre él sumamente abatida. Despues condujo el caballero á Jenner al extremo opuesto de la habitación, y le habló á media voz en los términos siguientes:—Vengo, caballero, á pedirle á vd. que me favorezca con sus conocimientos facultativos. Aquella desgraciada es mi esposa. No hace mucho tuvimos el pesar de que se nos muriese una niña preciosa de once años, que era nuestra hija única, y esta pérdida irreparable afligió extraordinariamente á su desdichada madre. La tristeza la condujo poco á poco á una especie de demencia melancólica, y desde entonces lo mismo es ver á una niña de dicha edad, se le figura que es su hija, sin que basten todas las reflexiones del mundo para persuadirla de lo contrario. Dígame vd., ¿qué he de hacer con esa infeliz? ¿de qué modo la he de sacar de su error? por que se ve palpablemente que su pena la va llevando al sepulcro.

En esto lanzó la señora un profundo suspiro y levantó los brazos, pero al instante los dejó caer con muestras del mayor desfallecimiento. Sus sollozos se

fueron haciendo cada vez mas frecuentes y perceptibles.

—Por Dios, dijo el caballero á Jenner, pasemos á este otro cuarto. A mi mujer le va á dar al instante su manía, porque apesar de tener echado el velo, parece que ha divisado aquella niña, la cual efectivamente no deja de parecerse á su hija. Venga vd., hágame vd. ese favor; no me obligue vd. á presenciara una escena tan triste que me despedaza el corazon, y me impedirá prestar atención á sus consejos de vd. Diciendo esto se le llevó al doctor casi por fuerza á la habitación inmediata.

Cuando la señora se vió sola con la niña, volvió á alargar los brazos hacia ella y exclamó con la voz medio apagada:—¡Luisa!

Luisa se quedó atónita y no sabia si marcharse ó estarse allí.

Entonces se levantó la señora el velo apresuradamente y la dijo:—Luisa, hija mía, ¿no me conoces?

—¡Ay mama mía de mi alma, exclamó Luisa, y se echó en los brazos de su madre, la cual la estrechó contra su seno con la mayor ternura.

—No, dijo la baronesa besando á su hija sin cesar, ya no te apartarás de mi lado; solo la muerte tendrá poder para separarme de mi hija. El pesar y la alegría repentina la habian abatido de tal modo, que estaba próxima á desmayarse, y cerrando los ojos reclinó la cabeza contra el pecho de su hija. Luisa se puso muy inquieta, y temiendo que su madre exhalase el último aliento, porque la veía tan pálida y desfallecida, empezó á gritar con todas sus fuerzas:—¡Querido doctor, venga vd. pronto, por Dios, pronto! Estas palabras la hicieron á la baronesa volver en sí. Púsose convulsa, abrió los ojos, y exclamó despavorida:—¡Calla, por Dios, calla! Nadie debe saber que soy tu madre, pues si lo averiguan, somos perdidos. Solo con la condicion de no decirte quien era me ha permitido tu padre verte aquí. No me descubras á mí ni á él tampoco, pues sería el colmo de nuestra desgracia.

Aun estaba hablando la madre de Luisa, cuando el doctor, que habia oído los gritos de esta, entró precipita-

damente en la habitación seguido del caballero. Por mas que este habia procurado desfigurar su semblante con colorete, barba postiza y parches, no tardó Luisa en reconocer que era su padre; pero antes de que obedeciese á su primer impulso de abrazarle, la hizo él una seña disimuladamente, y poniendo el dedo en la boca, la dió á entender que callase. Despues, volviéndose al doctor, le dijo: ya ve vd. que es cierto lo que le he referido. En prueba de ello, mire vd. como se le ha figurado que esa niña era su hija. ¡Ah, ojalá fuese cierto!

El padre de Luisa pronunció estas palabras verdaderamente conmovido, y poniendo á la niña suavemente la mano sobre la cabeza, al mismo tiempo que luchaba consigo mismo por no estrecharla en sus brazos, pero la madre ocultó su rostro en el pecho de su hija teniéndola abrazada y llorando anárgicamente. Jenner las contemplaba profundamente enternecido.

—Tendremos que venir otra vez á molestar á vd., le dijo el padre de Luisa; ya ve vd. que hoy es imposible preguntar nada á la enferma, pues el ataque es sumamente fuerte. Vamos, querida, le dijo á su esposa, no entretengas mas tiempo á este caballero; que pronto volveremos.

La madre de Luisa estrechó mas á su hija en sus brazos sin dar otra respuesta. Allan de Léven empezó á entrar en cuidado y volviéndose consternado hacia el doctor, le dijo en voz baja. ¡Si fuera posible volverla al coche! ¿quiere vd. permitir que la niña nos acompañe hasta abajo? pues una vez que esté allí, ya saldremos del paso.

El doctor dió con gusto su permiso, y el caballero cogiendo á su muger del brazo la consoló con que la niña la acompañaría. La supuesta enferma se levantó de su asiento y salió con paso vacilante de la habitación sin soltar á Luisa. Jenner los acompañó hasta la escalera, y de buena gana hubiera bajado con ellos hasta el coche, pero como Luisa tenia todavía sus preciosos regalos sobre la mesa y en Lóndres hay tantos rateros, no se determinó á dejar sola la habitación. Lo que si hizo fué

asomarse á la ventana para ver partir á aquellas dos personas.

Así que estuvieron solos en la escalera estrechó el padre á Luisa en sus brazos con la mayor ternura besándola repetidas veces, y dijo lanzando un profundo suspiro:—¡Qué trabajo me ha costado disimular! ¡qué poco ha faltado para descubrirme, aunque me iba en ello la libertad y la vida! Luisa, no digas á nadie que estamos aquí, pues nos harías muy infelices.

—No señor, dijo Luisa con viveza, el doctor Jenner es muy bueno y el rey tambien, pues me ha dado...

—Calla, calla, que viene gente, le dijo el doctor al oído con mucho sobresalto.

Sin decir una palabra pasaron al lado del que subia y se dirigieron hacia la puerta de la calle.

Adios, Luisita mia, exclamó el padre abrazándola con cariño, pero la madre que no la queria soltar, la dijo: no, hija de mis entrañas, yo no me separo de ti.

¿Me quieres llevar al patíbulo? la preguntó su marido reconviéndola y empujándola hacia el coche. La madre de Luisa aunque traspasada de dolor se dejó subir al coche, pero cuando su esposo iba á entrar tambien y vió que Luisa estaba al pie del estribo, con los ojos arrasados en lágrimas y las manos levantadas en alto, creyó que se la partía el corazon, y alargando sus brazos hacia ella, exclamó con una voz que movía á compasion:—¡No, hija de mi alma, no abandones á tu desgraciada madre! Sus voces se fueron convirtiendo en un gemido ininteligible y un temblor general se apoderó de su desfallecido cuerpo. El baron hizo ademan de querer tomar una resolucion instantánea, y despues dirigiendo una mirada al doctor que estaba en la ventana, metió á Luisa en un momento en el coche, y gritó con voz aterradora:—¡Cocheero arre lo mas que puedas!

Jenner se llevó un susto terrible, pero mientras bajó la escalera y salió á la calle, ya habia desaparecido el coche en la enorme confusion de aquella inmensa ciudad.

CAPITULO XVII.

LA FUGA.

Con la velocidad del rayo atravesó el coche de los fugitivos varias calles de Londres. Luisa se contemplaba feliz porque habia vuelto á encontrar á sus padres, y su madre por no tener que separarse de aquella hija, de cuya compañía habia carecido por tanto tiempo, pero el baron Allan de Léven estaba muy pensativo.

—¡Ay cuánto me alegro, le dijo Luisa, de que no te hayas embarcado para América con mamá! Pero ¿por qué me habrá encajado Pablo semejante embuste?

—¿Qué entiendes tú de eso, niña? la dijo el padre; Pablo está en la misma inteligencia que tú. Es preciso que mis enemigos crean que estoy en América, para que no me busquen en Londres, que es donde puedo ocultarme mas fácilmente y trabajar al mismo tiempo para hacer patente mi inocencia.

—¿Cómo te ha ido desde que no nos vemos? Luisita mia, la preguntó la baronesa acariciándola con la mayor ternura; yo siempre me estaba acordando de tí. ¿Cómo has venido á Londres, y á manos del célebre doctor Jenner? ¿no te acogió mi hermana en su casa? ¡Ah! no sé lo que me pasó cuando te ví bajar del coche en el palacio real. Apenas podía tu padre conte....

—¿Por qué vas ahora tan despacio? preguntó el baron interrumpiendo á su esposa y volviéndose hácia el cochero, el cual restañando con el látigo á un gran tropel de gente, que ocupaba toda la calle, respondió.—¿Pues qué he de hacer? Sin duda se habrá perdido algun lebre de la casa real y le andarán pregonando á toque de tambor.

En efecto, al prolongado redoble de un tambor, que bataneaba á las mil maravillas con las baquetas el pergamino de su caja, acudia la gente de todas partes. Al cabo llegó á quedar como encajado entre el gentío sin poder salir atras ni adelante, y así que el tambor dejó de tocar, el pregonero se puso á leer en alta voz un papel escrito que decia:

«En virtud de que el baron escocés, Allan de Léven, acusado de alta traición».....

Palido como un cadáver se arrinconó el padre de Luisa en el coche tapándose la cara con ambas manos y exclamando con voz sumamente débil:—¡Infeliz de mí!

La baronesa y su hija se asustaron de ver al baron tan inmutado, cuando de repente se acordó Luisa del papel que el rey la habia dado para su padre, y sacándole á toda prisa, se le presentó diciendo:—¡Ah! tienes, papá mio, esta mañana mismo me puso nuestro buen monarca este papel doblado en el pecho, y me aseguró que te serviría de mucha satisfacción.

Con todo el baron estaba tan sobresaltado con lo que acababa de oír, que apenas pudo desdoblar el papel y mucho menos leerle. La misma turbacion le ofuscaba la vista de manera que no distinguia bien ninguna letra.

—Toma, lee tú, dijo completamente abatido alargando el papel á su esposa.

Esta leyó al principio con agitacion, despues mas tranquila, y por último loca de contento lo siguiente:

«En virtud de que el baron escocés, Allan de Léven, acusado de alta traición, ha sido declarado del todo inocente despues de un exámen muy minucioso de su causa, por cuanto el verdadero reo de lesa magestad habia tomado el nombre de Allan de Léven para encubrir su maldad, quedan anuladas desde ahora todas las acusaciones dirigidas contra dicho baron Allan de Léven, vasallo honrado y leal, á quien restituimos el honor, de que tan sin razon se le habia privado. Para indemnizarle de los males que se le han causado, le adjudicamos para siempre la propiedad de la hacienda de Dunbar, por cuya posesion está desde hace años en litigio con la corona, y mandamos que esta nuestra voluntad se haga pública, no solo por pregon, sino tambien en todos los periódicos del pais y del extranjero. Dado en nuestro palacio real de Windsor, á 12 de agosto de 1798.»

JORGE.

Si antes no habia podido leer el pa-

dre de Luisa por lo turbado que estaba, tampoco acertaba despues á articular una palabra de contento que se puso. No hizo mas que levantar las manos al cielo tributando gracias al Altísimo por que habia permitido que saliese á luz su inocencia. Un buen rato estuvieron él y su esposa derramando lágrimas de gozo, pero despues se serenaron y pidieron á Luisa que les contase muy por estenso todo lo que la habia pasado. Entonces supieron que Luisa y el doctor Jenner habian contribuido en gran parte á restituirles su felicidad. Enagendados de gozo estrecharon á su hija en sus brazos, y Luisa aunque no se envaneció por eso, se alegró indeciblemente de haber podido hacer algo por sus padres, á quienes tanto debia.

—Y el buen doctor Jenner! dijo Luisa, ¿con qué cuidado estará por mí! Sin duda creará que no vuelvo, pues no po-

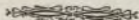
drá figurarse que son mis queridos padres los que me han llevado.

El baron mandó inmediatamente volver al cochero, el cual obedeció aunque de mala gana, porque ya se habia dispersado el gentío. Pronto llegaron á la fonda, donde el doctor estaba todavia meditando lo que habia de hacer para recobrar á su querida Luisita. Muy grande fué su alegría cuando la vió entrar por la puerta, y muy cordial el agradecimiento que le manifestaron aquellos padres tan felices. Estos fueron por supuesto á darjal monarca las mas rendidas gracias por sus favores, pero así que volvieron, entraron en el coche de viage en compañía de Luisa y del doctor y se dirigieron á Haik, donde se hallaba el pobre Pablo, de quien tanto se acordaban todos ellos.

GUSTAVO NIERITZ.

(Se continuará)

LEYENDAS HISTORICAS.



AVENTURAS MARAVILLOSAS

DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES.

(Conclusion.)

A los cinco ó seis dias de marcha llegó Gunther á casa del armero donde halló á Mimer, á Hagen y á los demas oficiales de la tienda, que continuaban haciendo las mejores armas que se conocian. Gunther esplicó minuciosamente al maestro, del modo que queria su armadura, prometiendo pagarla á tal precio, que el maestro Mimer y sus oficiales queriendo esmerarse en este trabajo, preguntaron á Gunther contra quien queria servirse de esta armadura á fin de proporcionar su fortaleza á la que llevase la de su

adversario, añadiendo, que ellos debian conocerle cualquiera que fuese, porque todos los caballeros del Occidente se abastecian de armas en su tienda.

Gunther entonces respondió que su contrario se llamaba Lyderico, primer conde de Flandes. Mimer meneó la cabeza, y Gunther al observarlo le preguntó que porqué hacia ese gesto.

—Caballero, respondió Mimer, no hay armadura por buena que sea que pueda defenderos de la espada Bal-mung, que ha sido fabricada en este yunque por el mismo Lyderico, y con ella ha dado muerte á un dragon cuya sangre le hace invulnerable; á escepcion de un parage donde le ha caído una hoja de tilo, tiene todo el cuerpo cubierto de una escama, que aun cuando muy delicada é imperceptible es impenetrable al acero.

—Y en qué parage cayó esta hoja de tilo? preguntó Gunther.

—Lo ignoro, señor, respondió el armero.

Entonces Hagen el oficial mayor, que como el lector recordará, aconsejó á Mimer que enviase á Lyderico á la Selva Negra, se adelantó á Gunther y le dijo:

—Caballero, con los traidores es preciso obrar traidoramente; si queréis darme la mitad de los escudos con los cuales teneis intenciones de pagar vuestra armadura, y dar la otra mitad al maestro Mimer, yo me encargo de libertaros de Lyderico, y cuando él haya muerto podreis conquistar sus estados.

—¿Y qué medios piensas emplear para ello?

—Eso corre de mi cuenta, señor; confiad en lo que os digo, repuso Hagen.

—Sea, pues, dijo Gunther: haced lo que mejor os parezca: he aquí la mitad de la suma que yo pensaba daros por la armadura; la otra mitad será entregada fielmente cuando yo vea que me habeis libertado de tan temible enemigo.

De este modo quedó cerrado el trato entre Gunther, rey de Higlenda, el maestro Mimer y su oficial mayor Hagen.

Aquel mismo día partió Gunther para su capital. Hagen tomando un palo y echando á sus espaldas una especie de morral se encaminó con direccion al castillo de Buck, al cual llegó á los tres días y pidió licencia para hablar al conde Lyderico; este habiendo sabido que un viagero queria hablarle, mandó que le condujesen á su presencia, mas no bien se hubo presentado cuando el conde de Flandes le conoció, y como olvidaba facilmente los desprecios, recibió al viagero con la mayor amabilidad, preguntándole el objeto que le conducia á su corte.

Hagen entonces contestó:

—He reñido con el maestro Mimer por asuntos de nuestro oficio, y así resolví dejarle y ofrecer mis servicios como armero, á cualquier caballero que de mí necesitara; mas habiéndome acordado de mi antiguo compañero de oficio, vengo á rendirle mis homenajes y ofrecerle mi arte.

Sabia Lyderico que Hagen era, despues del maestro Mimer, el primer armero que existia, y al punto le ocupó en su servicio confiándole la vigilancia, ar-

regloy compostura de todas sus armas, cuya importante adquisicion fué por todos considerada juiciosa y oportuna, á escepcion de Peters que la miró con notable disgusto, pues conocia sus malos instintos y el odio que tenia hácia su amo; pero Lyderico no hizo mas que reirse de las medrosas sospechas de este jóven, y Hagen quedó en el castillo desempeñando el empleo que habia sido creado para él.

Algunos dias despues, Lyderico recibió una carta de Gunther en la cual le decia: que la insurreccion se habia aumentado de tal modo en sus estados, que le suplicaba viniese á su socorro en compañía de sus mejores caballeros.

Lyderico olvidando la desavenencia de ambas reinas, ordenó que todo se dispusiera lo mas pronto posible, y llamó á ciento de sus mas valientes caballeros á fin de decirles que se prepararan para acompañarle al reino de Higlenda. Esta órden se propagó por todo el condado de Flandes, con muestras de estremado contento, pues para estos hombres de hierro, la guerra era una fiesta, y solo la anciana princesa y Chrimbilda miraban con sentimiento los preparativos que se hacian para esta escursion. La esposa de Lyderico, espresó sus temores de tal manera que Hagen llegó á percibirse de ello, y aproximándose á la desconsolada princesa la dijo:

—Noble señora; sé lo que causa vuestros pesares: vuestro esposo es invulnerable, y solo un parage de su cuerpo donde cayó una hoja de tilo, es la que puede contribuir á la muerte de vuestro ilustre marido; pero todo puede remediarse; de suerte que si teméis sea herido justamente en este sitio, haced una señal en su vestido la cual corresponda á la parte vulnerable, que yo marchando á su lado, evitaré todos los golpes que se dirijan á este sitio.

Chrimbilda acogió esta oferta como una inspiracion celeste, y dió á Hagen las gracias mas espresivas, prometiendo que bordaria una cruz pequeña en aquella parte del vestido que cubriese el parage vulnerable, á fin de que por este medio pudiera defender á su querido esposo: esto era precisamente todo

cuanto deseaba el oficial mayor del armamento Mimer.

El día señalado para la partida, Lyderico y sus cien caballeros se encontraban dispuestos, y según su costumbre, el conde de Flandes no llevaba mas armas que su espada favorita: ceñía un hermoso jubón que le había hecho Chrimhilda, sobre el cual y encima del hombro izquierdo llevaba bordada una pequeña cruz.

En el instante de partir, Peters, suplicó al conde que no llevase consigo á Hagen, pero Hagen era un personaje en la guerra para la fabricacion y composicion de armas, y Lyderico no podia por consiguiente acceder á las peticiones de su joven escudero; de manera que volvió á reírse de los temores de Peters y dió á Hagen el empleo de inspector general de sus armaduras.

Lyderico se despidió de su madre y de su esposa: llevaba su Balmung, el zurriago de oro del rey de Nivelungen y el casco que le hacia invisible, por lo cual no es extraño que partiese regocijado y con la esperanza de la victoria.

El conde de Flandes y sus cien caballeros se pusieron en marcha á los tres días, y pasaron á bordo de los navios que Lyderico habia mandado preparar, de suerte que á los ocho días de su partida del castillo de Buck llegaron á la capital de Higlanda. Lyderico quedó admirado á su llegada, pues en vez de encontrar los estados de Gunther insurreccionados como se le habia escrito, vió que se celebraban festejos públicos por haberse apaciguado la rebelion: en cuanto al monarca solo diremos que salió á recibirle y que le dió aquella acogida que tenia derecho á esperar un amigo que con tanta diligencia volaba en su socorro. Ademas, el conde de Flandes observó que se hacian preparativos para una grande caza que Gunther celebraba en honor suyo, la cual se verificaria al día siguiente de su llegada, y así Lyderico no hizo mas que dormir en la capital del rey de Higlanda y á la otra mañana salió con Gunther con direccion á un espeso bosque cuyo centro se habia fijado como punto de reunion: por lo que respecta á los cien caballeros quedaron en la capi-

tal, habiendo mandado Gunther á las gentes de su corte que les tributasen los mismos honores que á su soberano, y solamente Peters y Hagen acompañaron á Lyderico.

Como el bosque estaba situado á corta distancia de la capital, llegaron á él á las siete de la mañana, á cuya hora se emprendió la caza de un oso. Pasado algun tiempo, el oso fatigado se entregó á los perros, por lo cual los ojeadores tocaron las fanfarrias, y los cazadores acudieron. Gunther iba á cargar con espada en mano, á tiempo que Lyderico propuso cogerle vivo para hacer con él un presente á la princesa Brunehilda; y como nadie se atrevia á acometer esta arriesgada empresa, pidió el conde cuerdas, se bajó del caballo y se fué derecho al oso, el cual se dispuso á recibirle levantándose de manos y suspendiendo su cuerpo sobre las piernas traseras. Esto era lo que Lyderico deseaba, y así no se detuvo en abrazarse al feroz animal, y despues de un corto espacio de lucha, el oso cayó en tierra: el conde entonces le ató las cuatro patas y el hocico; échasele en seguida sobre sus hombros, pero como los caballos relinchaban y huian espantados á tiempo que el joven queria echar la fiera sobre uno de aquellos animales, no tuvo otro remedio que continuar llevándole áuestas hasta llegar al sitio donde estaba preparado el almuerzo; este era rico y espléndido, es decir, conveniente á nobles cazadores hambrientos, pero por un olvido extraño faltaba el vino: Gunther reprendió á todos sus criados, los cuales mutuamente se culpaban, pero como esto no remediaba nada lo ocurrido, el rey hizo que recordaba que á la venida hacia aquel sitio habia pasado por una cristalina fuente y en la que todos habian querido beber; ordenó en consecuencia á sus servidores que trajesen toda el agua que hiciera falta; pero como Lyderico estaba caloroso de resultados del combate que con el oso habia empeñado, no tuvo paciencia para esperar y echó á correr hacia la fuente; esta era la ocasion que Hagen esperaba, y así le siguió aparentando querer servirle.

Habiendo llegado á la fuente, colocó

su lanza contra un sauce que sombreaba aquel sitio, y para estar mas cómodamente se quitó el casco y la espada; se arrodilló y bajó la cabeza hasta tocar con sus labios la superficie del agua. Hagen aprovechó este momento, y cogiendo la lanza que el sauce sostenia, guiado por la cruz que la misma Chrimhilda habia bordado en su vestido, la sumergió por el costado izquierdo en toda la estension del hierro.

Lyderico lanzó un grito y se levantó, y aun cuando herido mortalmente, echó mano á su Balmung, y como el

leon que viéndose proximo á morir agota enfurecido el último esfuerzo de su vida para saciar su venganza, de tres saltos logró alcanzar á Hagen, y descargó tan fuerte golpe sobre él que le hizo caer de espaldas con la cabeza dividida en dos partes. En seguida se volvió y vió venir á Peters que receloso de alguna traicion habia seguido á Hagen, pero llegó demasiado tarde para conjurar el mal. Quiso hablar el moribundo conde para decirle su última y suprema voluntad, pero no pudo mas que hacerle una seña con la mano



indicándole que huyera, y cayó muerto al lado de su asesino.

Peters comprendió que no habia tiempo que perder, pues presumia que la venganza de Gunther no era bastante todavía, y mirando á las nubes y guiado por los vientos encaminóse hacia el mar. Cuando llegó á la orilla, como observase que venian en su persecucion se arrojó al mar, y nadando consiguió

llegar á una de las galeras flamencas que estaba anclada: refirió al capitan cuanto acababa de suceder, y este al punto dió orden de aparejar, izando velas hacia el puerto mas cercano á Blakemberg.

Grande fué la desolacion que hubo en el castillo de Buck cuando se supo tan fatal noticia; Chrimhilda se postró á los pies de la anciana princesa pi-

diéndola perdon, pues ella era la que había asesinado doblemente á Lyderico, la primera vez por su orgullo, la segunda por su confianza. Felizmente Ermengarda tenia un corazon compasivo y religioso; y aunque desolada por la pérdida de su hijo, pensó solamente en poner los medios para evitar nuevas desgracias; acto continuo publicó la muerte de Lyderico y la traicion de Gunther y convocó á los flamencos para la defensa de su jóven conde, y en seguida mandó un mensagero al rey Dagoberto, haciéndole ver la necesidad que su reino tenia de su poderoso apoyo. Con efecto, no habian aun transcurrido ocho dias cuando Gunther desembarcó con un ejército considerable en el puerto de Eclusa.

Por mucha actividad que la buena Ermengarda hubiese dado al asunto, la situacion no era menos critica. Los cien caballeros que Lyderico habia llevado consigo, reputados por los mas valientes del principado de Dijon y de su condado de Flandes, habian caido prisioneros en el momento que menos lo esperaban, y hasta sin habersé podido defender; el mensagero enviado á la corte de Dagoberto trajo la triste nueva de que el ilustre y piadoso soberano acababa de morir, y que su hijo Sigiberto que habia sido nombrado heredero de la Francia Oriental tenia empeñada una guerra contra Clovis, su hermano, heredero de la Francia Occidental, y no podia, á pesar del gran deseo que tenia de favorecerla, distraer ni un solo soldado de su ejército; de suerte que estas dos pobres mugeres, no podian contar mas que con sus propias fuerzas, que no eran muchas en verdad, si se tiene presente la falta de un gefe que pudiese dar unidad y defensa al reino amenazado.

Gunther y su ejército avanzaban: el pretexto que daba á su agresion era que el jóven conde Andraco era menor de edad, y que como tio suyo que era reclamaba la regencia de su condado; mas como todo el mundo sabia que era el asesino del padre, nadie se dejaba seducir por la aparente amistad que demostraba hácia el sucesor de Lyderico.

Ermengarda y Chrimhilda reunieron para la defensa del castillo de Buck

todos cuantos caballeros armados pudieron, sin fundar su esperanza en ninguna otra persona mas que en Dios y su santa Providencia, por lo cual rogaron arrodilladas cada una á un lado de la cuna del jóven conde, á cuyo tiempo vinieron á avisarlas que un caballero, sin corona en su casco y sin armas en su broquel, y que sin embargo parecia estar acostumbrado al manejo de las armas, pedia ser conducido á su presencia. En semejantes circunstancias no se debia desperdiciar ninguna clase de socorro; Chrimhilda y Ermengarda dieron orden para que el espesado caballero fuese introducido en su estancia. El desconocido era un hombre de alta estatura, y que como su introductor lo habia asegurado, parecia persona acostumbrada al manejo de las armas. Traia echada la visera de su casco, pero una barba blanca que pasaba por la abertura inferior, indicaba que si este que se presentaba habia perdido parte de sus fuerzas habia debido ganarse experiencia: inclinóse delante de las dos señoras, y sin titubear respecto al motivo que alli le conducia, las dijo, que habiendo sabido la deplorable situacion en que se encontraban habia venido á ofrecerles su socorro, esperando que no le despreciarian por débil que fuese su apoyo, y prometiendo, dado caso que desconfiaran de su oferta, jurar por los Santos Evangelios que estaba dispuesto á sacrificar su vida en defensa de los derechos del jóven conde.

Habia en la voz del desconocido tal espresion de verdad, que aun cuando las dos mugeres ignorasen si su valor y su experiencia correspondian á la confianza que les habia inspirado, aceptaron sus servicios, diciéndole, que tenian por inutil otro juramento que no fuese su palabra, y le encargaron de la defensa del castillo dándole á la vez el mando de su corto ejército.

Acto continuo el desconocido saludó á las dos señoras y bajó al patio para dar sus disposiciones: habiendo reunido toda su gente vió que podia contar con mil doscientos hombres, sin contar con los servidores y criados: desde este instante, como los vió animados al combate, aunque el ejército que venia á ata-

car era cuatro veces mas numeroso que el suyo, resolvió no esperarle detras de los muros, sino salir á recibirle en campo raso, de suerte que dejó unos setenta hombres para defender el castillo, y con los demas se apresuró á marchar contra el enemigo. A tiempo de salir un antiguo soldado se brindó á servirle de guia, pero el caballero desconocido le contestó, que habiendo sido educado no á gran distancia de la fortaleza conocia todos los caminos de aquellos contornos: con efecto por las primeras disposiciones que dió el caballero conocieron los soldados su no comun inteligencia, y esto contribuyó á que aumentasen su confianza. El caballero de la barba blanca formó su ejército en el mismo parage donde veinte y tres años antes, el conde de Salwatt habia sido asesinado, y la condesa Ermengarda hecha prisionera: este era un desfiladero que parecia hecho espresamente para una emboscada, y en la que solo doscientos hombres podian luchar contra dos mil.

No bien se hubieron dado todas las disposiciones, cuando se apercibió el ejército de Gunther, que confiado en su fuerza numérica, y sobre todo en la poca resistencia que hasta alli habia encontrado, se adelantaba sin tomar otra precaución que la de hacer que le precediese una escolta llamada caballeros de vanguardia, y cuando todo el ejército se halló dentro del desfiladero dió la señal convenida, y las tropas de Higlanda se vieron acosadas por todas partes y sin poder distinguir la vengadora mano que los destruía. Cuando la confusion y el desórden se apoderaron de las filas enemigas, el desconocido en persona los atacó de frente al estrepitoso son de cornetas y fanfarrias, cuyos ecos repetian los bosques, por lo cual los de Gunther creyeron que existian triplicadas fuerzas. Despues de un combate de dos horas, el ejército de Higlanda se declaró en fuga, y el mismo Gunther logró con trabajo poderse salvar acompañado de unos cuantos caballeros: llegó á la orilla del mar y entrando á bordo de su armada, lleno de vergüenza por tan grande derrota, emprendió su rumbo hácia su capital.

Los vencedores volvieron al castillo llevando á las dos señoras una nueva tan satisfactoria, pero conduciendo al caballero desconocido herido de muerte: Ermengarda y Chrimhilda acudieron presurosas en socorro de su libertador, alzaron la visera de su casco, y conocieron á Phinardo, el viejo principe de Buck que tres años antes habia nombrado por heredero de sus estados á Lyderico y se habia retirado á lo mas recóndito del bosque para cumplir la penitencia que se habia impuesto. En el fondo de su retiro supo el peligro que las dos princesas corrian, y el joven conde, y habia venido en su socorro. Dios bendijo su empresa y por una permission de la Providencia, el delito fué espionado donde se cometió. Phinardo espiró á la mañana del siguiente dia, rogando á las dos princesas que no le dispusiesen otra tumba que la que se habia abierto milagrosamente para él en el patio desierto en la noche de su conversion.

Allí se le enterró como deseaba.

En cuanto al joven conde Andraco reinó largos años para gloria y honor de sus súbditos, y tuvo un hijo que se llamó monseñor Beaudino I.

Esta es la verdadera leyenda de Lyderico, primer conde de Flandes.

A. DUMAS.

DEBER. Todos los deberes, generalmente hablando, tienen que arreglarse á las relaciones que unen á los hombres entre sí.

Epicteto.

El que piensa en sus deberes, únicamente cuando se le acuerdan, no es digno de que se le aprecie.

Plauto.

DELATORES. Los principes tienen á su lado animales de dos clases: domésticos y feroces: los aduladores son los primeros, los delatores los segundos.

Diógenes.

APUNTES HISTORICOS.

EL JOVEN CALUMNIADOR.

I.

EL CABALLO PREDILECTO.

Para poder referir á mis jóvenes lectores el presente hecho histórico, se hace indispensable que nos traslademos al año de 1010, época en que Sancho el Máximo, quinto rey de Aragón dilataba prodigiosamente sus dominios con las adquisiciones de las montañas vecinas de los Pirineos hasta Sobrarbe. Este esforzado monarca, casó con una señora ilustre llamada Gaya, poseedora del señorío de Aybar, en el reino de Navarra, de la cual tuvo un hijo que se llamó Ramiro; mas habiendo fallecido esta esclarecida princesa, contrajo el rey segundas nupcias, con doña Elvira, hija del conde don Sancho de Castilla, y de la cual tuvo tres hijos, García, Fernando y Gonzalo, cuyos cuatro infantes formaban el encanto y las delicias del guerrero monarca; pero he aquí porque imprevisto incidente vino á interrumpirse la buena y cariñosa armonía que se disfrutaba en la régia morada de don Sancho!

Ramiro contaba unos diez y ocho años en la época á que vamos á referirnos: era de buena índole, valiente, sincero, y profesaba á su madrastra un entrañable amor de hijo. García, el segundo de esta familia, tenía solo diez y seis años, y se singularizaba de los demás hermanos, por su viveza natural, y por su genio altivo y casi insolente. Aquel que le quebrantaba cualquiera de sus mas insignificantes caprichos, quedaba por mucho tiempo siendo el objeto de su rencor mas implacable, y nunca se encontraba satisfecho hasta lograr el ambicionado instante de su venganza.

Fernando y Gonzalo, niños aun, de once años el primero, y nueve el segundo, se hallaban esentos de estas maléficas pasiones, y solo pensaban en jugar, y en prodigar á la reina sus mas tiernas caricias.

Cierto día que el rey tuvo que partir á la guerra que á la sazón sostenía con el rey Bermudo, III de Leon, se despidió como acostumbraba de su cariñosa esposa, y estrechando despues á sus cuatro hijos, moduló estas palabras que salieron agitadas de su boca por el dolor que sentía al separarse de sus objetos mas queridos.

—Ramiro, nada debo decirte, pues conozco tu carácter, tus buenos instintos y el profundo respeto que profesas á la reina tu segunda madre. De vosotros me despido y tal vez sea para siempre; pues solo el Sumo Hacedor dispone de la vida de los mortales, y ni mi corona, ni mi potestad en la tierra son bastantes á quebrantar los preceptos que él ha establecido en el reino de los cielos. Una ballesta enemiga, y acaso disparada por el mas cobarde de nuestros contrarios, puede poner un límite eterno á mi poderio, porque tal es la incertidumbre que hay en la duración de la vida de los hombres. Con todo, hijos míos, moriré lisonjeándome con la idea de que me sucederá Ramiro, y sabrá, á pesar de su juventud, hacer que permanezca la tranquilidad y armonía conque hoy se distingue mi real familia.

García miraba á su hermano Ramiro con rabia; pero nada decía. Ultimamente Sancho abrazó con ternura á sus hijos, y besando la mano de la reina separóse de su familia. Poco tiempo despues, el ruido de los clarines y tímboles anunció que el rey había partido. Desde entonces la esposa del monarca redobló hacia sus hijos el amor que les tenía, no se-

parándose de ellos un solo instante.

Cierta mañana que García tuvo deseos de dar un paseo á caballo, llamó á don Pedro Sesé, caballero mayor, el que habiéndose presentado, preguntó al infante inclinándo la cabeza:

—¿Qué me manda su alteza?

—Deseo salir á caballo.

—Vuestra alteza se servirá decir, el caballo que ha de escogerse.

—El Predilecto: quiero ademas que se le pongan los mejores arreos.

—Señor.... repuso turbado el caballero.

—¿Qué?... ¡Habla!

—Siento mucho no poder complacer á vuestra alteza.

—¿Cómo! ¿Qué quieres decirme?

—El caballo que me pide es imposible que pueda ponerle á vuestra disposición, sin quebrantar las órdenes de mi rey á quien ciegamente obedezco.

—¿Don Pedro! exclamó el infante con altanería. Soy un infante, y quiero que se me obedezca.

—Vuestro padre es el rey, y á él debo obedecer primeramente que á nadie, contestó Sesé, con humildad.

—¿Os obstináis?

—Mucho siento tener que contestar afirmativamente.

—Mi padre no puede haber prohibido que yo cabalgue el corcel Predilecto.

—La prohibición ha sido general....

El rey me dijo que nadie le montara....

Vuestra alteza está comprendido.....

—Basta, don Pedro: el caballo quiero ver ensillado, porque de lo contrario lo escapareis muy mal con el infante don García.

El fiel y sumiso caballero, no se amilanó con la amenaza del joven príncipe, antes por el contrario, aseguró que si alguno de la servidumbre, intentaba ensillar el caballo Predilecto se opondría hasta con espada en mano.

—Lo veremos; respondió el infante sonriendo.

Y volviéndole las espaldas con aire despreciativo llamó á don Juan de Ruiz y le mandó disponer el caballo. Mientras tanto don Pedro Sesé triplicó la guardia de la real caballeriza, dando orden que si alguno osaba penetrar en ella que no fuese el rey don Sancho

fuera rechazado á viva fuerza. Don Juan de Ruiz, rival del noble Sesé ignorando esta orden tan rigurosa encaminóse ufano para poner en práctica el mandato de su alteza, mas como era de esperar se le negó la entrada. Indignado con la repulsa pasó á ver al infante y refirió cuanto acababa de pasarle, lo cual ocasionó una nueva entrevista entre el príncipe y el obstinado caballero; pero viendo el primero que nada conseguía de su inferior, á pesar de sus amenazas, sacó encolezado la espada que ceñía, lo que visto por don Pedro Sesé, se postró de rodillas ante el infante y exclamó lleno de alegría:

—¡Qué bien hace vuestra alteza! suya es mi vida; atravesadme de parte á parte, pues solo despues de mi muerte lograreis vuestro deseo... Si; no os detengais: ¿qué es la vida de un fiel servidor comparada con el deseo de montar un caballo?

Otro que don García, hubiera admirado la sublime heroicidad de este noble caballero: sin embargo, el joven príncipe le miró con desprecio, y en vainando la espada, dijo:

—¡Miserable!... Te perdono la vida.

—Entonces no montareis el caballo Predilecto, repuso don Pedro, poniéndose de pié.

García, que estaba acostumbrado desde su niñez á satisfacer aun sus mas insignificantes deseos, como antes dijimos, formó la resolución de pasear este día en el referido corcel, y para ello apeló al único recurso que le quedaba.

Pasó á la estancia de la reina, y encolezado y rabioso la refirió el suceso, pintándole con los colores mas denigrativos hácia el subordinado caballero. Le acusó de altanero, de rebelde á los mandatos de las personas reales, y por último, aseguró á su madre que tan desobediente vasallo debía ser castigado con la pena de muerte. La reina miró á García con aspecto de admiración, sin responderle, tal como aquella persona que vé con sentimiento los malos instintos de un joven altivo y caprichoso. Con todo, doña Elvira mandó venir á su presencia á don Pe-

dro Sesé. Preguntada la razon que habia en negar el caballo á su hijo, don Pedro respondió que así lo habia dejado dispuesto S. M. antes de ausentarse.

—Habeis hecho muy bien, don Pedro, dijo la reina; hoy valeis mas á mis ojos con esa accion. Retiraos.

Doña Elvira tornó á quedarse sola con Garcia, el que pálido y tembloroso de cólera, miraba á su madre con ojos enfurecidos; pero sin decirle una palabra. La reina comprende desde luego el estado violento de su hijo, la rabia que interiormente le estaba devorando, y levantándose del sillón que ocupaba, le dice con aire de magestad:

—¿De qué modo mirais á vuestra madre, caballero don Garcia? Salid de mi estancia y reservad ese aire feroz para vuestros enemigos.

El infante hizo una reverencia y volvió las espaldas; pero no bien se halló solo en la habitacion inmediata, exclamó con voz ahogada y poniéndose el sombrero.

—¡Me vengaré!

II.

LA CALUMNIA.

En una de las habitaciones de la regia morada, y á las diez de la noche, están Fernando y Gonzalo sentados á una mesa escribiendo una carta para su padre don Sancho; pero como son muy jóvenes todavía y hace poco tiempo que aprendieron á escribir, han tenido necesidad de llamar á don Ramiro, su hermano mayor, y el mas cariñoso, para consultar algunas cosas relativas al laudable trabajo que habian emprendido. Con efecto, Ramiro, lejos de incomodarse, acude solícito y gustoso, y no se desdena en tomar parte en tan inocente ocupacion guiando á sus dos hermanitos á fin de que la epistola llegase á manos del monarca con los menos defectos posibles.

—¿Qué contento ha de ponerse el rey mi padre y señor, cuando vea nuestra carta! decía Fernando.

—Al final, interrumpió Gonzalo, le diremos, que rogamos á Dios porque

gane muchas victorias contra los enemigos.

A este tiempo entró Garcia, y al ver á sus tres hermanos en la actitud que acabamos de referir; preguntó con sequedad:

—¿Qué hacen estos rapaces en mi mesa?

—Escriben al rey, respondió Ramiro cariñosamente.

—Yo tambien tengo que escribirle; necesito, pues, el lugar que importunos están ocupando.

Los niños, que conocian el genio feroz é intolerante de su hermano Garcia, no se detuvieron en ausentarse de aquella habitacion sin replicar, y de pasar á otro sitio con Ramiro para finalizar la carta que habian comenzado. Garcia entonces tomó asiento y asiendo un pergamino estampó en él los siguientes renglones.

«Queridísimo padre, mi rey y mi señor, que Dios proteja y guarde: con sobrado pesar y sentimiento tomo la pluma, pues creo que interrumpiré el curso de vuestras frecuentes fazañas diciéndoos los desmanes que cometen en vuestra ausencia, algunos de los vasallos de este vuestro gran señorío. Pluguiera á Dios que antes de faceros esta narracion, mi mano quedase yerta.... pero fuerza es, señor, poner una valla á tanto mal. Mi madre, la reina y señora, ultraja y vilipendia el lustre de su esposo y señor, haciendo tratos de mala muger con el caballero don Pedro Sesé á quien entrega lo que solo á vos pertenece. Cobrando ánimo con tan desusado favor, al respeto me ha faltado: pedi justicia á la reina, y la reina hizo semblante de ser bueno y leal el comportamiento del rebelde sódito que mi esclarecido linage ha menoscabado. Mas prudente y justo sois: castigad la demasia, y reparad el ultraje que de su inferior ha recibido, vuestro mas obediente hijo el segundo infante del reino y señorío de Aragon.

GARCIA.»

Esta carta concluia con una nota, en la cual pedia órdenes para que le fuese entregado el caballo Predilecto.

A los tres dias, se recibieron órde-

nes en palacio, para que la reina fuese encerrada en una torre, y don Pedro en la mas estrecha prision, y el espreso consentimiento para que Garcia hiciese uso del caballo siempre que lo tuviera por conveniente. Cuando notificaron a doña Elvira el mandato de su esposo, tenia en sus brazos á Fernando y Gonzalo, á los cuales acariciaba. Estos inocentes, al ver la afliccion de su madre comenzaron á llorar del modo mas desconsolador, tanto que

para que la reina pudiera ser conducida á la torre que le habian destinado, hubo necesidad de esconder con engaño á los inocentes á fin de que no presenciaran este acto de amargura y dolor.

—¿Cuál es mi delito? preguntaba doña Elvira. ¿Por qué el monarca me condena?

Ramiro procuró aplacarla con palabras de consuelo, y todo el tiempo que pasó durante su marcha desde palacio



á la torre la fué acompañando. Aquella misma tarde, mandó don Garcia que le ensillasen el caballo, móvil de este acontecimiento, y orgulloso y satisfe-

cho le paseó por delante de la torre donde su madre estaba encerrada, y por las inmediaciones del castillo que servia de prision á don Pedro Sesé.

El rey don Sancho mandó juntar córtés para que deliberasen con respecto á la aclaracion de un hecho tan extraordinario, y se puso en camino con sus tropas para venir á palacio. La reina y don Pedro, supieron al fin el crimen que les habian imputado, y quedaron sorprendidos cuando llegaron á informarse de quien habia sido el acusador. Cuando Sancho entró en la regia morada, se avistó antes que con nadie con don Garcia, el que siguió confirmando el delito, dando mentidos pormenores de la accion, tanto que el monarca creyó el crimen de adulterio bastamente justificado.

Las córtés deliberaron que doña Elvira se defendiese y se salvára por medio de las armas, segun la usanza de aquellos tiempos. El infante don Garcia, se presentó con descaro en medio de la asamblea para conocer á los paladines que debian constituirse en defensores de la reina; pero nadie se determinaba á salir. Creyendo el jóven principe su triunfo seguro, dijo con orgullo.

—¿Nadie reta al acusador?

—Yole reto, dijo una voz que salió de entre la muchedumbre que escuchaba.

—Quiero conocerle, repuso el infante.

Entonces atravesando la multitud, se presentó un guerrero armado de acero de pies á cabeza, y ocultando el rostro con la visera de su casco.

—¿Quién sois? ¿quiero conocer al paladin con quien tengo que lidiar?

El guerrero alzó su visera, y un grito universal se oyó que decia:

—¡Su hermano! ¡el infante don Ramiro!

—Sí, dijo el paladin; el infante don Ramiro que declara inocente á doña Elvira, reina de Aragon, lo cual sostendrá de palabra y con las armas, en batalla campal.

—¡A la prueba! exclamó Garcia.

—¡A la prueba! repitió Ramiro.

Y ambos combatientes se prepararon para la lucha, á la que acudió el pueblo con afan.

Mientras el combate se celebraba, don Sancho que no le quiso presenciar, estaba en su palacio, con sus otros dos hijos, á los cuales sentó sobre sus ro-

dillas con objeto de consolarles, porque pedian llorando la libertad de su madre.

—La reina es buena, mi rey y señor, decia Fernando.

—La reina nos queria mucho, y siempre nos hablaba de vos, continuaba Gonzalo.

Y el rey sintió en su alma un terrible peso, que motivaba el presentimiento de una injusticia; la voz de aquellos dos inocentes llamaba á su corazon y decia: «la reina no es culpable. Garcia ha calumniado á su propia madre.» Pero bien pronto se vió comprobado.

Ramiro entró en palacio entre las aclamaciones del pueblo por haber salido vencedor en el combate, y Garcia vino en pos sumiso y humillado, el que echándose á los pies de su padre, declaró solemnemente que habia calumniado á su madre.

—¡Maldito seas! grito el rey levantándose de su sillón.

¿Se cumplirá esta maldicion? Mas adelante lo veremos.

La reina y don Pedro Sesé fueron puestos en libertad, y vueltos á la gracia del monarca; doña Elvira, nada pidió contra su hijo á pesar de que su esposo se encontraba dispuesto á castigarle.... Era madre, ningún otro ser perdona con tanta abnegacion; pero el proceder de Garcia no podia quedar impune en la presencia de otro juez mas superior.

El rey don Sancho falleció el 18 de octubre de 1034, repartiendo sus estados del siguiente modo: el reino de Aragon fué dado á don Ramiro; á Garcia el de Navarra, el ducado de Cantabria, y la tierra que hay desde Najera á Montes de Oca y á Ruesta; á Fernando el condado de Castilla, y á Gonzalo el señorío de todo Sobrarve y el condado de Ribagorza.

III.

LA MALDICION.

Ramiro, Fernando y Gonzalo, gobernaron sus estados con mas ó menos prosperidad. El reinado de Garcia, fué

azaroso, inquieto y turbulento, porque si bien en un principio ganó algunas batallas á los enemigos de la cristianidad, tuvo frecuentes trastornos en lo interior de sus dominios, pues los continuos y exorbitantes impuestos con que sacrificaba á su pueblo, su conducta un tanto tiránica y relajada, y las continuas reyertas que tuvo con su hermano don Fernando rey de Castilla, le atrajeron el general descontento de sus vasallos, y acabó sus días peleando en el campo atravesado por la lanza de un caballero que viéndole tendido en tierra exclamó:

—¡Mi venganza se ha cumplido! este es el rey de Navarra: arrebatóme el honor, ultrajando el de mi esposa: ahora que el rey don Fernando se haga dueño del reino que el difunto monarca poseía.

Pero mis jóvenes lectores están diciendo en este instante: ¡La maldición de Sancho el Magno se ha cumplido!

Dios buscó para instrumento del castigo al resentido caballero que con su lanza le atravesó de parte á parte. Si de este modo han reflexionado ciertamente, estuvieron de acuerdo con el que esto escribió.

Y. A. BERMEJO.

COSTUMBRES. La diferencia que existe entre las leyes y las costumbres, consiste, en que las primeras arreglan las acciones de los ciudadanos, y las segundas arreglan las costumbres de los hombres.

Montesquieu.

La única doctrina de las costumbres, es hacernos felices.

Bossuet.

La perfeccion de las costumbres, consiste en pasar cada día, como si fuese el último, sin alteracion, sin bajeza, y sin fingimiento.

Marco-Aurelio.

CELOS. Los celos, son el mayor de los males, y el que menos se compadece.

La Rochefoucauld.

La diferencia que existe entre los celos y la envidia, consiste en que por esta deseamos el bien que los demas disfrutan, y por aquella tememos que los demas no participen de nuestra felicidad.

Charron.

CONDUCTA. Hijos, no desprecieis á nadie: mirad como padre á vuestro superior, como hermano á vuestro igual, y como hijo á vuestro inferior.

All.

Las cortas ganancias son las que llenan la gabela, porque estas son frecuentes y las grandes escasean.

Bacon.

DESEO. Por suficiente se entiende un poco mas de lo que cada cual posee.

Franklin.

Pocas serian las cosas que deseariamos con empeño, si tuviéramos conocimiento de lo que deseamos.

La Rochefoucauld.

Los deseos no son mas que unas instancias que la locura del hombre presenta al destino, quien hace de ellas tan poco caso que ni siquiera se toma el trabajo de leerlas.

Fenelon.

DEFECTOS. El mucho tiempo que el hombre emplea en observar los defectos del prógimo, es causa de que se muera sin llegar á conocer los suyos.

La Bruyere.

Negar nuestros defectos cuando se nos reprenden, es aumentarlos.

La Rochefoucauld.

Los pensamientos, son semejantes á unos tapices doblados, la conversacion los desdobra, y pone de manifiesto.

Temistocles.

CONSEJO. Nada se dá con mas liberalidad que los consejos.

La Rochefoucauld.

HOMBRES CELEBRES.

CRISTOVAL COLON.

1.

En las inmediaciones del puerto de Palos, y sobre una pequeña eminencia, se halla el convento de la Rávida, de religiosos franciscanos, á cuyo punto veremos encaminarse un hombre de una estatura algo mas que mediana, y de aspecto noble, aunque sombrío, ciñendo además un traje bastante modesto: al fin este hombre penetra en el monasterio y pregunta por el padre Juan Perez de Marchena, superior de aquella comunidad, manifestando á la vez sus grandes deseos de hablarle un momento.

—El padre fray Juan Perez está en el coro, responde un lego, ¿no escuchais que cantan visperas? pero si es que venis á visitar á vuestro pequeñuelo, yo puedo hacer que le veais; para eso no teneis necesidad de ver al superior.

—Bien, ¿dónde está mi Diego? quiero darle un abrazo.

—¡Oh! venid conmigo y le vereis dia-blear por los corredores inmediatos al jardín.

Con efecto, el recién llegado siguió las huellas del lego, y bien pronto llegaron ambos al parage que acabamos de indicar, donde vieron á un niño de preciosa y simpática fisonomía que jugaba con un perro; pero lo mismo fué divisar al hombre que acompañaba al lego que se precipitó en sus brazos diciendo:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Y las tiernas lágrimas de regocijo que el hijo derramaba, se mezclaron con las tristes y angustiosas del padre.

—¿Por qué llorais, padre mio?

—¿Y tú, por qué lloras, hijo querido?

—Yo lloro de alegría.

—Yo de pesar.

A cierta distancia de los arcos que daban entrada al delicioso jardín del convento, habia un asiento de piedra, sobre el cual se colocó nuestro huésped sentando á Diego en sus rodillas y estrechándole con enternecimiento: el lego se ausentó diciendo que iba á ponerse en expectativa para avisar al superior, cuando saliese de coro, de la llegada de tan buen amigo, y este mientras, no cesó de prodigar á su hijo las caricias mas estremadas, haciéndole preguntas de sus adelantos en el estudio.

Un cuarto de hora habria transcurrido cuando llegó el padre Marchena acompañado del lego, y presenciando una escena tan llena de sentimientos no pudo menos que conmovirse y preguntar:

—¡Don Cristóval! ¿por qué llorais?

—¿Es esta, por ventura la primera vez que visitais á vuestro hijo?

—No, padre, repuso Colon; pero tal vez sea la última.

—¿Por qué lo decís?

—Por que acaso el dolor acabe con mi existencia dentro de poco tiempo... Pero no, ¿qué digo? las almas grandes deben ser fuertes en la adversidad.

—¿Qué os pasa?

—¿Queréis saberlo, padre? Pues sentaos y escuchad.

El padre Marchena tomó asiento á su lado, el lego tambien, y Colon dando un beso en la frente de su Diego, dió principio á la siguiente narración.

—Hace mucho tiempo que mi mente ha concebido un grande pensamiento: desde mi mas tierna juventud he tenido afición á la náutica, cuya práctica y mis frecuentes desvelos en esta ciencia me han hecho creer que existe un camino menos largo que el que se frecuenta para ir á la India; si, la tierra

es redonda y hay otro hemisferio desconocido que Dios ha criado para que le habiten los hombres, y no puedo creer de ningún modo, que esta otra parte del mundo se halle enteramente cubierta con las olas del mar. Desde que este pensamiento me domina, no he cesado de reflexionar, y últimamente he resuelto llevar á cabo la empresa de este descubrimiento; pero faltándome recursos para ello busqué el apoyo de varias naciones, y todas se han burlado de mi grandiosa concepcion. Como buen patricio, me presenté al senado de Génova, para que el suelo que me vió nacer gozase el fruto de mi gloriosa tentativa; mas el senado reputándome como aventurero, ha contestado á mis proposiciones con una insultante negativa. El gobierno de Portugal á quien despues me presenté, puso la mayor atencion á mi proyecto recibién-

dole con entusiasmo, mas su ejecucion fué pérfidamente encomendada á otro navegante, pero aun cuando navegó mucho tiempo por el Oeste, volvió á Lisboa asegurando que yo era un visionario, aventurero y falto de juicio. Indignado con la conducta del gobierno portugués, me vine á España; pero temiendo un resultado análogo ha marchado á Lóndres mi hermano Bartolomé para solicitar socorros. En fin, me he presentado á Fernando el Católico, y mi proyecto se ha sometido á un examen, por personas inteligentes, los cuales han reputado mi pensamiento de absurdo y disparatado. Sin embargo de tantas adversidades esperaba proteccion por parte de la Inglaterra; mas hé aqui la carta que me remite mi hermano Bartolomé.

«Estimado Cristoval: mucho habrás estrañado mi largo silencio; pero sa-



«brás justificarme cuando sepas que
«apresado en mi travesia por unos pi-
«ratas, logré á costa de tiempo y de in-
«mensos sacrificios recobrar mi perdi-
«da libertad; en Lóndres estoy; pero
«es tal el estado de miseria en que me

«encuentro, que á fin de procurarme
«los medios para comprar un traje de-
«cente con que presentarme á la corte,
«me he visto precisado á dibujar y ven-
«der estampas.»

Colon lanzó un suspiro despues de

esta lectura, y el padre Marchena rogó a su huésped que le diese mas lata explicacion de su proyecto, y Cristóval, lejos de rehusar pidió un mapa y un compás; y sobre una mesa que se preparó al efecto, estuvo ilustrando al superior de su grandioso pensamiento. Este fraile que gozaba de una vasta instruccion en casi todos los ramos del saber humano, despues de haber escuchado atentamente a Colon, exclamó con entusiasmo:

—Yo os suplico, don Cristóval, que no abandoneis a España tan pronto; esperad algunos dias á fin de poner en juego la escasa influencia que tengo con la reina Isabel y con algunos altos personajes de la corte, para que sea acogida cual merece tan portentosa empresa.

Colon accedió; mas al cabo de algun tiempo tuvo noticias que el franciscano no habia podido obtener ningun resultado favorable, y dando el abrazo de despedida á su hijo Diego, se ausentó del convento á fin de ofrecer á los franceses el mundo que todos le despreciaban. A distancia de algunas leguas de la corte se encontraba, cuando fué detenido por dos hombres que cubiertos de polvo y sudor le dijeron.

—Volved á Madrid, que la reina quiere hablaros.

—¿La reina me llama? Acudamos.

Colon volvió á la capital de España, y se presentó á la reina, la cual le recibió con escesivo agrado y afabilidad.

—Tu pensamiento es grande, Cristóval, y sin embargo todos te apellidan el italiano aventurero y visionario, menos yo y el padre fray Juan de Marchena, mi antiguo confesor; acepto tus anteriores proposiciones, toma, pues, cuantas alhajas poseo, arma tu flota y marcha en busca de ese mundo que quieres dar á mi patria, hoy orgullosa y triunfante con la conquista de Granada: añade, pues, un timbre mas á sus glorias.

Colon inclinó la frente y cogió sumiso, mas lleno de regocijo, la cajita de alhajas que la reina Isabel le presentaba, con lo cual se ausentó para poner en práctica su anhelado descubrimiento.

II.

Ya están terminados los preparativos de la embarcacion en la rada de Palos, y Colon postrado de rodillas y elevando al cielo sus manos implora á la Providencia del modo siguiente:

—Tú que gobiernas al mundo con tu poderosa mano, tú que me has hecho la portentosa revelacion de una tierra donde habitan tantos hombres, dame tu ayuda, un destello de ese poder que egerces sobre los elementos, y guia la proa de mi nave al nuevo mundo, que solo á mí fué dado descubrir.

Cristóval levantó la rodilla y mirando con orgullo á sus compañeros les dijo:

—Camaradas: ha llegado la hora de inmortalizarnos, y á través de las olas y de la furia de los elementos es preciso buscar la corona de laurel que la patria nos tiene reservada.

El 3 de agosto de 1492 se hizo á la vela en compañía de su hermano Bartolomé y un corto número de hombres que gustosamente se asociaron á la suerte de nuestro hábil y atrevido navegante.

No tardaron mucho tiempo en llegar á Canarias; pero algunas millas mas allá de este punto se rompió el timon de una de las naves, cuyo accidente fué para la tripulacion un funesto presagio, por lo cual pidieron á voces que querian dar vuelta á España; pero Colon colocado en medio de los gritadores exclamó con serenidad:

—Nada importa cuanto acaba de suceder, lo que no debe considerarse como un aviso de Dios: piedad y resignacion es lo que Dios exige de nosotros.... Compóngase, pues, el timon y todo está remediado.

Cristóval con estas palabras llenas de bondadosa dignidad logró restablecer la calma; al tercer dia ya habian perdido de vista á Canarias, y mientras mas se separaban de ellas mas se acrecentaban el temor y recelo de los marineros; pero Colon siempre fijo sobre cubierta no hacía otra cosa mas que observar, teniendo, ya la sonda, ya los objetos precisos para sus prolijas indagaciones. La noche del 10 de octubre,

deseoso de tomar algun descanso, soltó los instrumentos y se tendió en un parage cercano al timon de su nave: varios de los de la tripulacion que le creyeron dormido formaron un circulo junto al palo mayor y entablaron el diálogo siguiente:

—¡Cuánto me pesa, señores, dijo uno, haberme asociado á este loco genovés!

—¿Y quien no está arrepentido de lo mismo? repuso otro de los del circulo.

Y despues todos unánimes significaron igual pesar.

—¿Qué debemos hacer para remediar los males á que nos espone este maldito aventurero y visionero?

—Matarle y arrojarle al mar, y despues decir á la reina Isabel que él mismo se precipitó inadvertidamente en los momentos que contemplaba los astros.

—¡Si, si! gritaron todos ¡magnifico pensamiento! ¡Muera el almirante, muera Cristóval Colon!

A esta inesperada gritería se levantó el osado genovés, y situándose en medio de los que pedían arrojarle al mar, exclamó sereno y con acento de dignidad:

—A pesar de lo que os escucho no me vereis jamás tímido y medroso ante los peligros: ¿os hace falta una victima? aquí la teneis, y cúmplase el destino que me ha trazado la Providencia; pero no quiteis á vuestra patria su mas preciosa joya; no eviteis con la pérdida de mi existencia que ella ensanche sus dominios; ¡tres dias! dos, solamente, uno os pido, y si no divisamos tierra.... asesínadme, pues es preferible la muerte que volver á España sin haber descubierto nada.

Serenóse algun tanto la tripulacion con el sentimental razonamiento de su almirante; y aguardó la llegada del siguiente dia: en la nave de Colon reinaba el mayor silencio, y no bien aparecian las primeras luces del dia 12, cuando el armonioso canto de un pájaro extraño colocado en la punta del palo mayor, anunció con su gorgceo que se hallaban los recelosos náuticos cercanos á una nueva region. Todos alzaron la cabeza con aspecto de admira-

cion: entonces Cristóval fuera de sí como un demente exclamó:

—¡Grato y benéfico mensagero, Dios te bendiga! Tú vienes á anunciarme la cercanía de tu morada.

En este mismo instante, un grupo de marineros que se habian situado en la proa comenzaron unánimes á gritar,

—¡Tierra! ¡Tierra!

Con efecto á la parte de Oeste divisaron la isla que desde aquella época tomó el nombre de San Salvador. El atrevido genovés se prosternó con los ojos inundados de lágrimas.

—*Te deum laudamus*, exclamé, bendita sea la divina Providencia del Señor.

Aquellos mismos que poco antes habian intentado asesinarle, se echaron á sus pies llenos del mas grande arrepentimiento, pero Cristóval los mandó levantar diciendo que estaban perdonados.

Signió despues su ruta y descubrió tres islas mas, á las cuales dió los nombres de Santa Maria de la Concepcion, Fernandina, é Isabela, llegando poco despues á la isla de Cuba donde se detuvo algunos dias á fin de observar sus preciosidades y riquezas. Despues abordó en la isla de Santo Domingo y fundó en el puerto de San Nicolás, desde donde se hizo á la vela para concluir su reconocimiento de toda la costa Septentrional de aquellas islas; mas el 16 de enero de 1493 varió de rumbo con direccion á España. Hasta el dia 12 de marzo experimentaron un viento favorable; mashallándose frente á las islas de los Azores se levantó tan furiosa tempestad que todos creyeron perecer. Este precisamente fué el momento mas angustioso de Colon, porque creyó que la noticia de su descubrimiento iba con ellos á quedar sepultada en las profundidades del mar; pero á fin de conservar la memoria de su expedicion, escribió en dos pergaminos el compendio de su viage, lo cual encerró en una barrica embreada para que en caso de estremado apuro, se arrojase al mar esta barrica juzgando que no faltaria un navegante que la recogiese; pero merced á las maniobras que se practicaron y á los vientos que cedieron en su rigor,

el almirante y sus compañeros llegaron á verse fuera de peligro.

El día 15 de marzo llegó Colon al puerto de Palos donde fué recibido con el mas vivo entusiasmo, y despues que abrazó á su hijo y se despidió del padre Marchena se encaminó á Barcelona donde á la sazón se encontraban los reyes Católicos, siendo Cristóval recibido por los catalanes del modo que merecía. Colon entró en palacio y presentóse al rey.

—¿Qué me traes? le preguntó Fernando.

—Cuatro habitantes de las islas descubiertas, y unos cuantos cestos llenos de sus raras manufacturas.

Cristóval presentó al monarca cuatro indios y el presente que anunciaba. Entusiasmados Isabel y Fernando le trataron con el mayor cariño y este último dijo á Colon:

—Permito que te sientes en mi presencia y me refieras tu viage, y ademas



de confirmar los honores y privilegios que te concedo, añado al escudo de armas de tu familia los de los reinos de Castilla y de Leon con los emblemas siguientes:

POR CASTILLA Y POR LEON.
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.

Poco tiempo permaneció en España Colon, porque el 25 de setiembre se hizo á la vela en Cadiz con una armada de diez y siete buques, con los cuales hizo nuevos descubrimientos: halló á su hermano en la Isabela, á quien hizo su lugar teniente. Colon

habiéndose visto obligado á enviar á España algunos sediciosos que habian turbado la tranquilidad de aquellas colonias, estos apoyados por los enemigos del almirante, dirigieron amargas quejas al rey, quien mandó un comisionado al Nuevo Mundo para que imparcialmente le informase de cuanto ocurría: este tal, llamado Francisco Bobadilla, dando oídos á los discolos y descontentos, usurpó la dignidad del almirante cargándole además de hierros, llegando el caso de que uno de aquellos que mas favores recibió de Colon, fuera el que le pusiese los grillos; en octubre de 1501 salió para España la escuadra que conducía á nuestro ilustre prisionero.

—¿Dónde me llevas? preguntó Colon á uno de sus mejores amigos. ¿Dónde me conduces, Vallejo? ¿Eres por ventura el encargado de la ejecucion del decreto de mi muerte?

—No, repuso Vallejo, venis á bordo de mi navio para ser conducido á España.

Este mismo capitan quiso quitarle

los hierros, pero Colon se opuso diciendo:

—En nombre de mi rey me han apisionado, él solo debe darme la libertad si la merezco, y aun deseo que despues de mi muerte, estos mismos grillos se coloquen encima de mi sepulcro.

Cuando Colon llegó á España é hizo á los reyes minuciosa relacion de sus padecimientos, aunque los monarcas compadecieron su posicion y le volvieron á enviar al Nuevo Mundo, fué con la condicion de que no se aproximase siquiera á los puntos descubiertos. No fué este el último padecimiento que esperimentó, hijo de la envidia y de la rivalidad, pues se vió precisado á regresar á España agoviado con el enorme peso de los sufrimientos ocasionados por la maldad de los hombres.

Llegó á Valladolid, y el día 20 de mayo á las doce y media de la noche llamó á su hijo Diego y le bendijo: poco despues solo existia el cuerpo del que fué Cristóval Colon, descubridor del Nuevo Mundo.

Y. A. BERMEJO.

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.

LOS LAPONES.

Amiguitos míos: recordareis que el mes pasado ofrecí continuar esta serie de artículos de historia natural, cuya halagüeña lectura, á la vez que os instruyen presentándoos las maravillas del Ser Supremo, os da ciertas nociones de uno de los ramos mas indispensables á la buena educacion de la niñez. Continuando, pues en mi propósito, voy á decir cuatro palabras relativamente á los lapones; mas antes, comienzo por escitar vuestro mas ferviente agradecimiento hácia el Criador de la especie humana, al par que dirigis una mira-

da compasiva y lastimera á esta porcion de nuestros semejantes, á los cuales la naturaleza distribuyó con mas economia parte de sus muchos beneficios.

Fijemos nuestra atencion en los lapones y en los habitantes de la tierra que se halla situada junto al polo ártico; si, mis jóvenes lectores, en estos seres desgraciados cuya suerte y modo de vivir no son de los mas felices si se comparan con los nuestros. Su pais está formado por medio de una cordillera de montañas cubiertas de nieve, que no se derrite ni aun con los rayos abrasadores del verano, y si hay alguna parte por donde esta cadena se interrumpe, es solo para formar cenagales y estensas lagunas: una nieve suma-

mente profunda llena los valles y cubre los vallados, y el invierno se siente con crudeza la mayor parte del año, siendo además las noches mas largas que en ninguna parte del globo, y el día participa solamente de una luz triste y escasa. Si los habitantes de tan húmedo país procuran ponerse á salvo de los rigores del frío, buscan un abrigo en tiendas fabricadas por ellos mismos que tienen la ventaja de poderse trasportar facilmente de un lugar á otro; en medio de estas tiendas establecen su hogar que rodean de piedras, y el humo sale por una especie de abertura enadrilátera que les sirve de ventana, á la cual están atadas unas llares de las que penden unos calderos mal contruidos, donde cuecen sus alimentos y derrieten el hielo á fin de proporcionarse agua que beber. Lo interior de la tienda está revestido de pieles con las que se preservan del aire, y en otras de animales de mayor estension duermendespues que las tienden sobre la tierra. Lo menos seis meses consecutivos, que son para ellos una noche perpétua, viven encerrados en estas tiendas, sin escuchar otra cosa que el silbido de los vientos y el ahullido de las fieras hambrientas.

Nosotros que tanto nos hemos quejado del pasado invierno, ¿soportaríamos un clima semejante? Nosotros, que tanto nos hemos quejado de la carestía de nuestros cereales, ¿subsistiríamos á la manera de estos pueblos miserables? ¿Qué sería de nosotros si habitásemos en unos países semejantes, y para buscar nuestro comun alimento no lográsemos alcanzarle sino por medio de una caza peligrosa y molesta? ¿No es digno de considerarse los encantos que el comercio de los hombres esparce en nuestra sociedad? ¿No debemos animarnos á bendecir la Providencia á vista de las prerogativas de que goza nuestro benigno clima comparado con el de aquellos infelices?

Pero pasemos ahora á otra consideracion. Los habitantes de los países septentrionales ¿son tan infelices como les creemos? Es muy cierto que viven trabajosamente, rodeados de valles áspers y que andan por caminos in-

cultos, espuestos á la inclemencia de una rigorosa estacion; pero tampoco es menos verdad que su cuerpo endurecido, y por consiguiente acostumbrado á este género de vida, puede mas facilmente que nosotros soportar estas fatigas. El lapon es pobre y carece de todo género de comodidades; pero tambien tiene una felicidad que es la de no conocer otras necesidades que aquellas que facilmente puede satisfacer. Mucho tiempo es el que están careciendo de la luz del sol; pero sobre su horizonte lucen una hermosa luna y las auroras boreales: no temen el frío; y en cuanto á los socorros particulares que necesitan, la naturaleza les facilita el medio de obtenerlos, mostrándoles animales cuya piel los defiende de la estacion; tienen los renos que los abastecen de casi todo lo que necesitan para el uso y satisfaccion de sus necesidades, por que con ellos pueden revestir sus tiendas, proporcionarse sus propios vestidos, su cama, su comida y su bebida; tambien se sirven de estos animales para emprender largos viages participando además de la ventaja de no costarle nada su manutencion. Por eso un sábio aleman (Aurviñ) en sus *Consideraciones de las obras de Dios*, dice: «Claramente se vé hasta donde se estiende para nosotros la liberalidad de la naturaleza, pues no usamos, ni con mucho, de todas las riquezas que nos proporciona, porque su fondo es mas inmenso de lo que imaginamos. Nos dió el caballo, el buey, la oveja y demas animales domésticos para nuestro servicio, para nuestro sustento y vestido, y tiene aun otras especies de reserva que pudieran suplir á este efecto y que solo en nosotros consiste el sujetarlas y hacerlas servir á nuestras necesidades. El hombre verdaderamente no sabe el poder que tiene sobre la naturaleza, ni lo que ella puede favorecerle, y en vez de buscarla en las cosas que no conoce, prefiere abusar de las que han llegado á su noticia.»

La estatura de los lapones es bastante pequeña y su color bazo, el pelo negro, las megillas hundidas, el rostro entrelargo y la barba afilada, de cuyas facciones participan los dos sexos. Es-

ta especie de hombres se singulariza por su estremada ligereza: su arma favorita es el arco: las mugeres son muy robustas y paren con poco dolor, y no bien han nacido sus hijos, cuando al punto los sumergen en agua fria hasta el cuello; ellas mismas crían á sus hijos, mas en un caso de esterilidad suplen el alimento de estas criaturas con la leche de las renas.

La supersticion de este pueblo es estólida, pueril y estravagante porque cada individuo tiene su dios particular para cada año, mes y semana. Si estos seres desgraciados tuviesen un conoci-

miento perfecto de Dios agregado á la tranquilidad de que disfrutaban, ciertamente no fueran tan dignos de compasion.

Ahora bien, amigos míos, concluyo recomendándoos que cuando os quejeis del clima en que vivimos, os acordeis de los lapones, y bendigais el poderoso Arbitro del universo que despues del invierno nos ofrece la hermosa y risueña perspectiva de una florida primavera precursora del verano, en el cual el afanoso labrador recoge el premio de su benéfica tarea.

Y. A. BERNEJO.

APUNTES MORALES.

UN DIVORCIO.

Una muger pálida, y cuya fisonomia indicaba grandes sufrimientos, asomó la cabeza por la ventana de la portezuela de la silla de posta en que iba, y llamando al postillon le dijo:

—Cuando llegue vd. á la mitad de la colina, haga vd. el favor de parar el carruage: hay allí á mano derecha una vereda que quiero seguir á pie.

La silla de posta estuvo por espacio de algun tiempo subiendo esta colina, situada á dos jornadas de Lóndres; pero al fin el postillon puso pie en tierra, abrió la portezuela, y con una política que no es habitual á esta clase de gente, ofreció la mano á la doncella, que se presentó la primera, y en seguida ayudó á bajar á una jóven de una hermosura poco comun, á pesar de los sufrimientos que dejaba ver en su aspecto melancólico y triste: con dificultad podia sostenerse, pues sus pasos mal asegurados indicaban que estaba enferma. Esta señora se llamaba lady Norfolk, descendiente de una familia noble y considerada, que daba la vuelta á Lóndres despues de una larga ausencia,

ocultando su nombre y hasta su rostro.

—Espere vd. mi vuelta, dijo la viagera al postillon.

Y apoyándose en el brazo de su doncella, emprendió la vereda que antes habia designado, y que adornaban dos hileras de árboles, cubiertos de hojas y de diferentes clases de pájaros. La naturaleza parecia que aquel dia segozaba en embellecer este parage; el sol derramaba su refulgente esplendor en toda su fuerza; nada se encontraba triste allí, mas que esta desgraciada jóven. A medida que adelantaba su camino, su corazon latia con mas precipitacion. Cada objeto que miraba le traía un recuerdo, y cada recuerdo un agudo dolor.

Ultimamente, llegó á la puerta de un parque cercado de álamos y de encinas ya hacia algunos siglos; la plantacion de estos arbustos tuvo su origen por el mandato acaso de algun alto baron de raza normanda ó de Sajonia. La viagera titubeó un instante: hay acciones enteramente sencillas en la apariencia, y que sin embargo revelan en nosotros lo que está mas escondido en el fondo de nuestra alma; esta jóven esperaba lo que acabamos de indicar; su temblorosa mano no pudo tocar en la puerta del parque sin sentir una viva



emocion, y toda su sangre se recogió en su pecho como para ahogarla. En fin hizo un movimiento de arrojo, recobró algún tanto sus fuerzas y entró. Sus miradas penetrantes se dirigían en toda la estension del parque, indicando con su silencio mas dolor que el que pudiese espresar el lenguaje mas apasionado. Las lágrimas inundaron sus mejillas y en tan dolorosa situacion solamente un testigo la miraba, y el cual molestaba á esta muger entristecida. El incómodo testigo de que habíamos, era su doncella, que callada y contemplativa seguía sus pasos: la sirviente que la seguía era estrangera, é ignoraba el origen de los pesares de su señora, y las penas que los demas ignoran necesitan soledad.

—Quédate aquí, Francisca, dijo lady, quédate á la entrada del parque, que muy pronto volveré á reunirme contigo.

La doncella suplicó á su señora que queria seguirla, para ofrecerla su brazo y su socorro.

—Quédate aquí, repitió la jóven en tono de autoridad.

Y la obediencia fué la respuesta de Francisca.

Diez veces se habia renovado el césped de este risueño parage desde la ultima vez que lady le habia pasado, entonces ella era radiante en hermosura, dichosa sin sentir el menor presentimiento de su aciago porvenir... En este lugar donde en otro tiempo la calma era tan dulce, ella vuelve llena de turbacion sin tener mas que una certeza... la de morir bien pronto, porque el dolor es una fiebre lenta que abrasa la vida. Sin embargo, esta cruel conviccion que tenia, lejos de abatirla, le dejaba entrever el único reposo que deseaba, porque como sus horas eran contadas y la muerte castigaria todas sus faltas, y se encontraria purificada de sus juveniles errores, se creia al mismo tiempo menos indigna de volver á ver este parque, este edificio, este asilo sagrado donde vivian sus hijos.

Esta idea la impulsó á caminar con paso mas atrevido: todos los senderos con sus encrucijadas le eran bastante conocidos, y aun le parecia que los habia recorrido el dia anterior. Muchas

de las caprichosas plantas que se habian colocado bajo su direccion, observó con asombro que habian sido respetadas. Recordó aquellas horas de confianza agradables y amistosas que tuvo con su marido en distintas ocasiones; pero tambien reflexionó que la ingratitud y la perfidia que con respecto á él habia tenido borrarían de la mente de su esposo este recuerdo, y conoció que aun cuando su arrepentimiento la condujese á los pies de aquel hombre á quien habia ofendido, no contaría con su perdon. El perdon no le daria la calma que se disfruta cuando existe la conviccion de la inocencia. El marido siempre veria en su muger una esposa culpable.

Cuando llegó á la derecha del parque, desde donde se veia la fachada del edificio ¡cuántos sentimientos á la vez se despertaron en su alma! Conservaba el mismo aspecto que tenia en la época en que ella habia sido la dueña de él; sus paredes magestuosas y un tanto sombrías, y un silencio sepulcral reinaba en todo aquel estenso recinto: la menuda yerba que alfombraba el suelo, no habia perdido su fresco verdor: los árboles, las flores, ofrecían como siempre su belleza y su perfume suave: nada habia allí cambiado.... ¡Solo ella no era la que antes! En otro tiempo, cuando apercibían su llegada, todas aquellas puertas que miraba se abrian de par en par, se precipitaban todos para servirla, y la acogían con el gozo inesplicable que originaba su presencia; pero hoy, aunque se aproximaba ninguno llega, todos se alejan. Otra muger lleva el nombre con el cual se honraba en otro tiempo; ocupaba el lugar que habia sido suyo; otra muger, en fin, llenaba los deberes que en otra época le pertenecieran. ¡Qué vergüenza!... Volvió la cabeza y sus ojos quedaron fijos sobre las ventanas que correspondían al aposento donde por primera vez llegó á ser madre. Su ternura hacía sus hijos se despertó en este momento de una manera inesplicable: el sentimiento maternal que experimentó fué vivo, pero extraordinariamente doloroso. Creyó que sus hijos le preguntaban si habia llenado los deberes sa-

erosantos que el título de madre le prescribía. Sus hijas, este bien precioso por el cual daría gustosamente lo que le quedaba de vida, sus hijas estaban ahora bajo aquel techo, recibiendo de otra mujer esta afección, los consejos que ella debería haberlas prodigado, puesto que era su deber; pero no solo se encontraba sin derecho á estos cuidados que tienden á la buena moral, sino que hasta se veía privada de dirigirles caricias. ¡Solo una madre siente lo que atormenta este pesar!

De repente de una de las puertas del edificio, salió una joven asida del brazo de un caballero de mediana edad; su fisonomía respetable, y su andar sereno y grave, y el modo con que iba hablando con aquella señora, dejaba entrever cierta ternura, y cierta intimidad entre los dos. La viagera reconoció en el caballero, la persona que en otro tiempo, llena de orgullo había llamado marido, al padre de sus hijas, al hombre del cual se había separado; y en la joven, á la que noblemente y con fidelidad la había reemplazado. Lady Norfolk había llegado á ser tan humilde y resignada, que despues del primer movimiento que le causó este espectáculo, dió gracias á la divina justicia, porque le concedió volver á ver al hombre que merecía gozar de tanta dicha; dicha que ella había despreciado.

Sintiéndose predispuesta á un desmayo, quiso retroceder, pero un ruido de muchas voces la detuvieron, y se ocultó detras de la espesura que proporcionaba una madre selva, y desde este sitio apercibió tres niñas acompañadas de un ama de gobierno. Cada movimiento de estas niñas espresaba un signo de alegría y de salud: sus piecitos apenas doblaban la yerba; caminaban las tres, cogidas del brazo. La mas jóven que tenía unos once años, suplicó á sus dos hermanas que se detuviesen para mirar sobre la madre selva un nido de pájaros que había descubierto el día anterior, y que su madre cubría con sus pequeñas alas. Estas palabras fueron derechas al corazón de otra madre. Cuando hemos cometido una falta en la vida, nos parece que el mundo entero tiene el cuida-

dado de mostrárnosla á cada paso, y en las acciones mas sencillas nos aventuramos á sospechar una oculta intención: la espresion menos ambigua, tiene para nosotros un doble sentido, y hasta en el lenguaje de la inocencia encontramos la voz de nuestros remordimientos.

Estas mismas reflexiones hacia lady Norfolk mirando á estas tres niñas tan encantadoras. ¡Eran sus hijas! ¡Imposible equivocarse! El corazón de una madre lo adivina todo. Por otra parte ¿no las habia visto en sus sueños, no solamente con las facciones y la edad que tenían en el momento de su fuga, sino crecidas tambien? Ahora le bastaba un paso, un gesto para conocerlas; y oyéndolas sentía hablar hasta su mismo aliento. ¡Cómo resistir! Va á lanzarse sobre ellas; pero una voz parece que le grita en el fondo de su conciencia y que le dice:

—¿Quieres comprar tu alegría á expensas del reposo de estas débiles criaturas ultrajadas por tí? ¿Quieres hacerlas victimas de una escena demasiado violenta para unas niñas, cuyo recuerdo conservarían toda su vida, y concluirían por ser desgraciadas?

Lady obedeció al grito de su conciencia. Un sentimiento puramente maternal la precipitaba, y este mismo sentimiento la detuvo. ¡La madre, triunfó de la madre!

En este momento la mas pequeña de las niñas, exclamó:

—¡Oh! ¡Dios mío! los pajaritos están solos! ¡Tienen hambre! La madre que los alimentaba no está aquí. ¡Habrá muerto? La habrán matado cuando no ha vuelto en busca de sus hijitos.

—Llevémoslos á mamá, dijo la mayor; ella cuidará de estos hijitos sin madre; pues mamá nos dice con frecuencia que se debe dar protección á todos los desgraciados.

¡Pobre lady Norfolk! ¡Tu sentencia no está aquí, ¡por qué no has muerto!... Sin embargo, ¿no has vuelto? La infortunada lady, como si hubiese sido echada por sus hijas, volvió á encontrar todas sus fuerzas para huir, y con paso rápido y firme se encaminó al sitio donde habia dejado á Francis-

ca. Sin decir una palabra, la hizo señas de que la siguiera; con prontitud subió al coche; el látigo del postillon sonó varias veces; y los caballos se precipitaron á todo galope. Durante el camino, Francisca se guardó mucho

de interrumpir el silencio de su ama; pero cuando llegaron al pueblo mas inmediato, apercibió Francisca, lanzando un grito de terror, que este penoso silencio era el de.... ¡la muerte! Lady Norfolk no existia.



CUENTOS PARA LOS NIÑOS.



LOS CUATRO HERMANOS.

Habia un pobre hombre que tenia cuatro hijos, y cuando fueron grandes les dijo:

—Hijos míos, es menester que dejeis la casa paterna para que os lanceis en el mundo, pues yo no tengo nada que daros, y aprended el oficio que os venga á cuento.

Los cuatro hermanos emprendieron su marcha y llegaron á una especie de encrucijada que proporcionaba cuatro caminos en opuestas direcciones.

—Aquí es preciso que nos separemos, dijo el mayor de los hermanos; mas antes de probar fortuna prometamos reunirnos en este mismo parage dentro de cuatro años.

Así lo juraron solemnemente y cada uno emprendió su respectivo camino. El mayor no tardó mucho en encontrar un hombre que le preguntó donde iba.

—No lo sé, á aprender un oficio, le respondió.

Y el hombre le replicó:

—Ven conmigo y serás ladron.

—No, repuso el jóven, ese oficio no es honrado y concluye con la horca.

El hombre supo desvanecer esta idea de la mente del jóven y últimamente consintió en seguirle y aprovecharse de sus lecciones.

El segundo hermano se encontró á un astrónomo y se dió por contento de leer con la vista los complicados caracteres del firmamento: el tercero recibió lecciones de un cazador consumado, y

el mas jóven de los hermanos acertó á encontrar un sastre que prometió enseñarle este oficio con toda perfeccion.

A los cuatro años y á la hora convenida los hermanos acudieron al punto donde se habian citado, y despues que se abrazaron estrechamente se dirigieron á casa de su padre, al cual contaron sus aventuras y como cada uno habia aprendido un oficio.

Sentáronse al pie de un grande árbol y el padre les dijo:

—Quiero poner á prueba lo que habeis aprendido.

A este tiempo alzó la vista y dijo al segundo de sus hijos.

—En la copa de este árbol, y entre dos ramas se oculta un nido de pinzones, dime ¿cuántos huevos tendrá?

El astrónomo miró á la copa del árbol y despues de un corto momento respondió:

—Hay cinco.

El padre entonces dirigiéndose al mayor continuó:—Tú ve á coger esos huevos sin que la madre que los cubre se aperciba de ello.

Con efecto, el habil ladron se encaramó y cogió los huevos y los presentó á su padre. Este los tomó y colocó cada uno de ellos en los estremos de la mesa, y llamando al cazador le dijo:

—Tú vas á dividirme en dos partes cada uno de estos cinco huevos de un tiro solamente.

El cazador asíó la escopeta, hizo la punteria, y como su padre lo deseaba dividió los cinco huevos en diez partes iguales.

—Ahora tú, continuó el anciano di-

rigiéndose al mas pequeño, reúne estos huevos, de tal manera que las avechitas que contienen dentro del cascarrón no esperimenten daño alguno.

El sastre cogió su aguja é hizo al pie de la letra lo que se le había mandado. Cuando este finalizó su tarea, el ladrón los volvió á colocar en el nido sin que la madre lo sintiera y al cabo de algun tiempo los cinco huevos se convirtieron en cinco hermosos pajaritos.

—Hijos míos, dijo entonces el anciano, debo confesar que no habeis malgastado vuestro tiempo, y cada uno de vosotros conoce á fondo su oficio, por lo que me es imposible decidir quien de vosotros cuatro es el mas aventajado. Ahora procurad buscar una ocasion en que daros á conocer.

Poco tiempo despues corrió la voz por aquel país de que la hija del rey había sido robada por un dragon, y el monarca ofrecia hacer su yerno al que le presentase á su hija, y los cuatro hermanos formaron el proyecto de acometer esta empresa. El astrónomo cogió sus instrumentos, y pasado algun tiempo dijo que sabia donde estaba el dragon: luego se presentaron al rey los cuatro hermanos y pidieron una nave, lo cual se les proporcionó y emprendieron su viage. Cuando vieron al dragon, éste dormia: el cazador quiso tirar, pero temió matar á la jóven, pero el ladrón se encaminó con sigilo y cautela hacia el monstruoso animal y sacó á la princesa de su cautiverio. Condujeron á esta ilustre señora á la embarcacion é izaron velas con direccion á su país; pero el dragon habiendo despertado y vistose sin su cautiva corrió en persecucion de los que se la habían arrebatado. Afortunadamente en el momento en que el monstruoso animal iba á confundir la nave, ase su escopeta el cazador, apunta á la fiera enemiga y le atraviesa de un balazo el corazón, pero era tan enorme el peso del monstruo que al caer rompió las velas, y la embarcacion se vió en un eminente peligro, si el sastre no hubiera empleado su talento cosiendo con su aguja las velas, y reparando por consiguiente el mal que con fundamento se preveia.

Cuando el rey vió á su hija no tuvo límites su contento, y fiel á su palabra dijo á los cuatro hermanos:

—Uno de vosotros debe casarse con la princesa; y á vosotros toca decidir quien es el que la merece.

El astrónomo dijo.

—Si no hubiese visto donde estaba la jóven nada se hubiera conseguido.

Y el ladrón repuso:

—Si yo no la hubiera arrebatado sigilosamente del lado del dragon, demas estaban tus conocimientos astronómicos.

Y el cazador contestó á su vez:

—¿Y qué hubiera sido de vosotros y de la princesa si el dragon no muriera al poder de mi brazo y de mi diestra punteria?

Y por último dijo el sastre.

—¿Y si yo no hubiera cosido el destrozado velamen? A mí, pues, me pertenece la princesa.

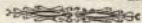
Despues de este debate el rey tomó la palabra y dijo:

—Efectivamente, todos teneis derecho á mi hija, pero como ella no puede tener cuatro maridos no se casará con ninguno de vosotros, y voy á recompensar vuestro servicio dándoos á cada uno una parte de mi reino.

El rey dió á cada uno una parte de sus estados, y por espacio de mucho tiempo vivieron en compañía de su padre en la opulencia, pero un dia habiendo querido el ladrón despojar á los otros tres de sus dominios, estos le despojaron á él é hicieron que concluyera por la muerte que merecia.

Esta es, si vds. quieren, la moral de esta historia.

LOS MENSAJEROS DE LA MUERTE.



Hace mucho tiempo, sí, muchísimo tiempo, que un gigante pasaba por una calle muy ancha, cuando de repente un desconocido se precipitó sobre él diciéndole:

—¡Alto alla!

—¿Cómo! exclamó el gigante, un enano á quien podria convertir en pol-

vo solamente con mis dedos, ¿será capaz de interponerse en mi camino? ¿Quién eres para cometer semejante audacia?

—Soy la Muerte, contestó el desconocido; nadie se me resiste, y tú también tienes precision de sucumbir á mi mandato.

El gigante no quiso hacerse cargo de estas palabras y empuñó desde luego una lucha con la Muerte; el combate fué largo y encarnizado, y sin embargo el gigante dió un golpe tan violento á la muerte, que ésta cayó al suelo como una piedra. El vencedor prosiguió su camino y la vencida quedó en tierra tan débil que no pudo levantarse.

—¿Qué sucederá, se preguntaba, si yo quedo tendida en un rincón? Nadie morirá ya en el mundo, y se llenará de tantos habitantes que al fin no encontrarán espacio donde vivir.

Mas á este tiempo acertó á pasar por este sitio un jóven, de hermosa presencia y respirando alegría y salud. Iba cantando, pero apenas apercibió á la pobre víctima cuando se aproximó á ella lleno de compasión, la ayudó á levantar, hizo que bebiese un poco del vino generoso que llevaba en su cantimplora, y no la abandonó hasta que vió que había recobrado todas sus fuerzas.

—¿Sabes quién soy? preguntó la Muerte, ¿sabes á quien has ayudado á dar nuevo vigor?

—No, repuso el joven,

—Soy la Muerte, contestó ésta, y bien sabes que no puedo esceptuar á nadie del fatal imperio de mi guadaña, que no tengo favor para ningún mortal que sustente la tierra, pero á fin de probarte mi reconocimiento, te ofrezco no cogerte de improviso: te enviaré mis mensajeros antes de venir á buscarte yo mismo.

—Gracias, respondió el jóven, algo llevo en retribucion del favor que te he prestado, porque al menos sabré mi última hora para prepararme.

Esto dijo y continuó su camino gozoso y contento. Pero la juventud y la salud marcharon de prisa; despues vinieron las enfermedades, los dolores y la vejez.

—Yo no moriré, decia, porque la muerte debe enviarme sus mensajeros, solo desearia ver concluir estos dias que tan grandes tormentos me ocasionan.

Sanó de sus dolencias, pero cuando mas contento se encontraba, siente que cierto personage le toca en la espalda, vuelve la cara y observa con espanto que se halla en presencia de la Muerte.

—Yo soy, le dice; ha llegado la hora de dejar el mundo.

—¿Cómo! repuso el anciano, ¿quieres faltar á tu promesa? ¿No me ofreciste enviarme tus mensajeros antes de presentarte tú misma? No he visto ninguno.

—Silencio, exclamó la Muerte, acaso, ¿no los he despaclado hácia tí, uno despues de otro? ¿No te acuerdas de la fiebre que te obligó á hacer cama? ¿La gota no ha mortificado tus miembros? ¿La pérdida de tus dientes y muelas no han desfigurado tus mejillas? Y sobre todo, hermano mio, el sueño ¿no te ha hecho recordar mi presencia? ¿No estabas lo mismo que si te encontraras sumergido en las sombras eternas?

Nuestro hombre no supo que responder; entregóse á su destino y siguió á la Muerte.

Los mensajeros de la Muerte son los dolores de la vida. El hombre cuerdo los conoce y comprende su lenguaje.

